

**DE HISTORIA Y ANTIGÜEDADES**

ORGANO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

Director, PEDRO M. IBAÑEZ

Bogotá — República de Colombia

**INDEPENDENCIA DE CUNDINAMARCA**

FIESTAS CÍVICAS EN JULIO DE 1913

Apenas fundado el *Boletín de Historia*, dio cabida en sus páginas, en el número 4, en 1902, al acta de la independencia absoluta del Departamento de Cundinamarca, y a la proclamación de ella, hecha por el ilustre General Nariño, Presidente del Estado, el día 19 de julio de 1813.

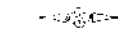
La proclamación termina con estas memorables palabras, que repetimos:

“En consecuencia de todo esto, y en atención, finalmente, al derecho incontestable e imprescriptible que tienen todos los pueblos de la tierra de proveer a su seguridad y de darse la forma de gobierno que crean más conveniente a labrar su felicidad; nosotros los representantes del pueblo de Cundinamarca, usando de este derecho y compelidos a adelantar este paso por los esfuerzos de nuestros impolíticos y crueles opresores, declaramos y publicamos solemnemente, en nombre del pueblo, en presencia del Supremo Sér y bajo los auspicios de la Inmaculada Concepción de María Santísima, Patrona nuestra, QUE DE HOY EN ADELANTE, CUNDINAMARCA ES UN ESTADO LIBRE E INDEPENDIENTE, QUE QUEDA SEPARADO PARA SIEMPRE DE LA CORONA Y GOBIERNO DE ESPAÑA Y DE TODA OTRA AUTORIDAD QUE NO EMANE INMEDIATAMENTE DEL PUEBLO O DE SUS REPRESENTANTES; QUE TODA UNIÓN POLÍTICA DE DEPENDENCIA CON LA METRÓPOLI ESTÁ ROTA ENTERAMENTE, Y QUE COMO ESTADO LIBRE E INDEPENDIENTE tiene plena autoridad de hacer la guerra.

concluir la paz, contraer alianzas, establecer el comercio y hacer todos los otros actos que pueden y tienen derecho de hacer los Estados independientes."

Presidió aquel Congreso memorable don Antonio Nariño, Jefe de la Nación, y autorizó como Presidente del Cuerpo el acta de proclamación, don Manuel Bernardo Alvarez, fusilado tres años después por el Pacificador Morillo, por su amor y servicios eminentes a la causa de la República.

Insertamos en seguida las piezas oratorias con que la Academia Nacional de Historia contribuyó a honrar la memoria del Precursor y a conmemorar las clásicas fechas del primer centenario de la independencia de Cundinamarca.



## DISCURSO

DEL ACADÉMICO DOCTOR ADOLFO LEÓN GÓMEZ, FRENTE A LA  
CASA DEL GENERAL NARIÑO, AL COLOCARSE ALLÍ  
UNA PLANCHA CONMEMORATIVA

Señores:

No quiso la Academia Nacional de Historia designar uno de sus verdaderos oradores para este acto tan sencillo como solemne. Pensó que acaso las galas oratorias, al llevarse consigo los entusiasmos populares, hiciesen olvidar la lección saludable del mármol que conmemora un noble ejemplo o despierta el recuerdo de un martirio. Y por eso envía al último de sus miembros en merecimientos, pero a uno de los primeros en amor a las glorias nacionales, a explicar, en breves palabras, la modesta inscripción que veis al frente.

Es sencilla en efecto aquella piedra. Pero contiene una lección muy honda, que, al amparo de un Gobierno honrado y justiciero, como me complazco en reconocer al que nos rige, debemos grabar en el corazón para enseñarla a nuestros descendientes. No indica tan sólo que los hombres hidalgos y agradecidos deben venerar a los próceres ilustres, sino algo más: que deben imitarles, seguirles y sobrepasarles si es posible, en abnegación por el bien de sus conciudadanos y en desinteresados sacrificios por la Patria.

De esta casa, dice la inscripción, salió para el presidio el Precursor de nuestra independencia, por haber predica-

do el evangelio de la libertad: *Los Derechos del Hombre*. Pues bien, esas palabras son para su memoria veneranda el galardón que le tributa un pueblo agradecido; pero para nosotros son un mandato. Porque ellas indican que lo que nos parece meritorio en el prócer, no estaría mal en nosotros; que si él fue precursor, nosotros debemos ser continuadores; que si él sufrió prisiones y ostracismo por el bien del pueblo y los fueros de la República, nosotros debemos estar prontos a arrostrar otro tanto por los mismos ideales, ya que la lucha por los derechos del hombre siempre estará en pie mientras haya en el mundo clases privilegiadas y clases oprimidas.

A pocos pasos de aquí hay otra plancha de mármol, conmemorativa de que de la última casa de esta cuadra salió para la tumba—después de una vida de luchas y de glorias—el más civilista de los militares de la guerra magna: Santander.

Aquí, pues, se cierne la sombra del Precursor y allí la del Hombre de las Leyes. Aquí, la del sembrador de la semilla de libertad e independencia; allí, la del que aseguró más tarde la cosecha de sus frutos en el campo inmortal de Boyacá. Pero ambas parecen juntarse ahora para repetir la doble enseñanza que inmortalizó a esos héroes. Ambos enseñaron con la espada, cómo se debe defender la Patria contra el Extranjero; y con la pluma el uno y el respeto a la Constitución el otro, cómo se han de sostener las instituciones de una nación digna, para que las libertades públicas y los derechos del ciudadano no peligren. Hé ahí la gran lección que debe aprovecharse: a los enemigos de fuera, aguardarlos con el arma al brazo, y a los de adentro con la pluma en la mano. Para aquéllos, el legendario valor material, tantas veces ostentado en lid sangrienta; para éstos, el no siempre bien probado valor moral, en los aún más gloriosos campos de la prensa y la tribuna. Reservar la valerosa sangre colombiana para marcar con tinta roja los linderos sagrados de la Patria, y prodigar la negra tinta de imprenta, que despide rayos de luz y de justicia, para las trascendentales revoluciones de la idea, para las conquistas del progreso, para coronar la obra de los que nos libertaron del yugo extranjero, pero que no alcanzaron a libertarnos del más pesado aún de nuestro servilismo individual.

Y como la historia no se empeña en deificar héroes, sino en presentarlos tales como fueron, con todas las debilidades y culpas de los hombres, tanto por respeto a la verdad como para que no deslumbren a los otros hombres que deben imitarles, inexorable enseña que si las vidas de Nariño y Santander, en cuanto se dedicaron al servicio de la libertad y la República, son todas luz, magnificencia y gloria,

apenas descendieron a las luchas y rivalidades con sus conciudadanos, cayó también en ellas el tinte de humanidad sobre que se destacan sus figuras. Tal como el sol del meridiano, que cuando pasa ante él alguna nube, tiene que dibujar manchas de sombra. Eso prueba que sólo en el culto del deber, del honor y de la Patria, sin interés alguno de otro género, pueden los caudillos y los gobernantes ir a la tumba sin remordimientos y dejar sus nombres sin ninguna mancha.

Casi podemos decir que es un error creer que en Boyacá terminó la lucha por la independencia en 1819. Es verdad que allí se selló la del país, que allí nació la Patria. Pero la campaña aún no ha terminado. Falta lo más indispensable: falta libertar al pueblo de la ignorancia, de la pasión política, de las intransigencias y de los fanatismos.

Allá concluyeron su misión de gloria los libertadores; pero debieron empezar la suya los civilizadores.

Nariño fue el insigne precursor de la pléyade de héroes, cuyos hechos estamos glorificando en estos días; pero ellos, a su vez, son precursores de otros, que han debido o deben surgir para ser próceres de la justicia y de los principios democráticos y republicanos.

Los próceres—dije en otra ocasión como ésta,—hicieron libre a la Nación; pero nosotros estamos en el deber de hacer otro tanto con el Municipio y con el ciudadano, para que aquella libertad no sea un delirio. Ellos lucharon por la dignidad de un pueblo; nosotros debemos luchar por la del ciudadano, para poder conservar la integridad del territorio y el honor de la bandera.

Porque aunque una nación no dependa de un poder extranjero, no es sin embargo independiente, si sus habitantes son siervos de las preocupaciones y de los odios seculares de partido y si sus Municipios son feudos de gamonales ignorantes.

Sin la independencia individual, la del Estado es una sombra; y sin la autonomía municipal, la república es un sueño.

Porque mal puede ser defensor de las libertades públicas el Municipio que no sabe defender la suya propia; y mal puede dar lecciones de altivez y dignidad, quien es incapaz de bastarse a sí mismo.

Por eso en inscripciones como aquélla debe enseñarse a los niños y los jóvenes a leer entre líneas más de lo que en ellas se halle escrito: algo que es para el muerto a quien honran: la gloria; y algo que es para ellos mismos: el deber. Han de mirar allí el camino trazado por los que principiaron la obra y el mandato imperativo a continuarla.

Cada estatua, cada losa, cada monumento, es, a la par, un homenaje al patriotismo de los que fueron y un requeri-

miento al de los que viven. Para aquéllos es como el toque de diana después de la victoria; para éstos, debe ser el de llamada a las filas y al combate. A los muertos dicen los mármoles: la Patria agradecida reconoce y aprecia vuestros méritos; y a los vivos gritan como Nelson en Trafalgar: «La Patria espera que cada uno cumplirá con su deber.»

Refiere la tradición que en el glorioso sitio de las Termópilas se conmemoraba el heroico sacrificio de los trescientos espartanos que allí murieron por su Patria con estas palabras, grabadas en una columna: «Pasajero, vé y dí a Esparta que aquí hemos muerto por obedecer sus leyes.» ¡Cuánto diéramos todos por que se hubiese recordado a tiempo esa inscripción, para que en Panamá hubiese quedado otra idéntica el 3 de noviembre de 1903! ¡Oh! entonces no lamentaríamos la pérdida del Istmo, porque Colombia habría ganado en glorias mucho más de lo que en territorio le quitaban. Y a las naciones, como a los hombres, les interesa más aumentar su tesoro de valor, dignidad y patriotismo, que su tesoro de dinero. Porque éste lo pueden adquirir cuantos tengan aptitudes de negociantes y mercaderes, que son innumerables; pero las grandezas sólo las pueden dar los hombres grandes, que son muy pocos.

Mas se olvidó aquella inscripción, como se olvidaron las lecciones de Ricaurte, Nariño y Girardot, y Colombia sorprendida, inerme y humillada, contempló la desmembración del territorio; y con los brazos clavados en la cruz de su suplicio, vio vender por un pan al extranjero una estrella de su escudo y un jirón de su bandera!

No basta pues, para demostrar patriotismo, venir a hablar a las estatuas. Hay que escuchar la muda pero elocuente palabra de los bronces y los mármoles.

Bolívar, taciturno y pensativo frente al Capitolio, a las veces parece que dijera: ¡Si habré arado en el mar! ¡Si los odios, las envidias y las pasiones políticas harán este país ingobernable! ¡Si será ineludible fin de todas las redenciones la ingratitude, con que los redimidos pagan los esfuerzos hechos por su bien!

La majestuosa figura de Santander, con la Constitución en la mano, me figuro que en algunas ocasiones ha preguntado a pueblos y gobiernos: ¿Habéis respetado las leyes fundamentales garantizadoras de la paz? ¿Habéis dado a cada uno lo que es suyo, o habéis olvidado que sin justicia no puede quedar estable libertad ninguna?

Y Policarpa Salavarrieta, la heroína popular, sentada en el patíbulo, con las manos atadas a la espalda, como que clama a los poderosos de la vida: ¿y todavía tenéis a las clases infelices atadas al infamante poste de la ignorancia? ¿Todavía las haréis fusilar en vuestras inicuas contiendas

de partido? ¿Todavía son parias en la tierra que abonó para ellas nuestra sangre?

Y Sucre, con su espada desnuda y amenazadora, tal vez pregunta al adormecido pueblo colombiano: ¿no oís el paso de los vencidos en Tarqui resonar más acá de la frontera? ¿Habéis olvidado la voz de mando de Ayacucho, *armas a discreción y paso de vencedores*, que debe aseguraros la victoria?

Y el Precursor, ese ilustre bogotano cuya magna labor conmemoramos, parece que dijera: ¡Hé aquí a Nariño! ¿Habéis seguido su ejemplo de desinterés, abnegación y patriotismo? ¿O pedís aún su cabeza para ofrecerla a los que os encadenan?

¡Ah! pero si meditásemos un poco en lo que los próceres hicieron por el honor y la gloria de la Patria y en lo que han hecho, o mejor dicho, en lo que no han hecho los que entregados a la ardiente política y a las guerras civiles, han ido dejando cercenar poco a poco y palmo a palmo el territorio nacional, a buen seguro que algunas veces hubiéramos creído leer en las impasibles efigies de los libertadores un sombrío desaliento o un gesto de desdén y de reproche.

¡Hé ahí la lección severa y permanente de los bronce y los mármoles!

Por fortuna, la brillante juventud que empieza a levantarse augura continuar la civilizadora labor de los padres de la Patria. Y las festividades solemnes de estos días, la trascendencia de reuniones como ésta y el anhelo de paz y de progreso que unánimemente manifiestan los pueblos de Colombia, dan al patriotismo aliento y fe.

Cuando Frinea pretendía levantar las murallas de Tebas, exigió que se grabase esta inscripción: «Alejandro demolió los muros de Tebas, y Frinea los ha reedificado.» Imitando eso, plegue a Dios que las generaciones del futuro puedan decir al ver esta plancha: «Nariño fue al presidio por haber publicado los *Derechos del Hombre*: pero sus sucesores se han colmado de gloria porque supieron hacerlos efectivos.»



## DISCURSO

PRONUNCIADO ANTE LA ESTATUA DE NARIÑO POR EL SEÑOR  
ACADÉMICO DON ANTONIO GÓMEZ RESTREPO, EN REPRESENTACIÓN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA.  
EL DÍA 15 DE JULIO DE 1913

Señores:

Segunda vez venimos en solemne cortejo al pie de esta estatua, para rendirle homenaje en nombre de la ciudad de

Bogotá, cuna del héroe y heredera de su gloria. Y al llegar a este sitio, ¡cuán pálidos nos parecen los honores que se rinden al Precursor, en comparación de su grandeza! ¡Cuán escaso el tributo de nuestra admiración en parangón con la deuda de gratitud, nunca debidamente cancelada! Y apenas si me atrevo a levantar la voz para saludar la sombra del más insigne bogotano, en esta conmemoración en que el pueblo de Cundinamarca se congrega para solemnizar el primer centenario de la proclamación de su absoluta independencia de España. Nó; no es el estéril ruido de una voz solitaria el que puede turbar dignamente el reposo eterno del ínclito varón, sino el inmenso coro popular que hace cien años acompañó con estruendo de mar embravecido el gesto decisivo del héroe, y hoy entona en su honor un himno triunfal, en que palpitan el amor y la admiración. Si este bronce pudiera animarse, si a él viniera por unos momentos el alma de Nariño, se estremecería de gozo y se erguiría con toda su arrogancia de hidalgo y de guerrero, para recibir el homenaje de las olas populares, que vienen a imprimir un beso de titán en el pedestal de granito.

Si él volviera a la vida, resonaría de nuevo su potente voz para convocarnos, no a las lides de la espada, sino a las de la cultura y el progreso. Y las gentes seguirían en pos de él, porque los hombres que nacen para caudillos y conductores de naciones, tienen tan gran poder de atracción y de dominio, que apenas se presentan, conquistan las inteligencias, subyugan las voluntades; hacen surgir de la nada prosélitos y mártires; animan el árido polvo de la esclavitud y con él modelan hombres libres; con su acento desatan o contienen las tempestades; escriben, con el acero fulgurante, rasgos proféticos sobre el oscuro fondo de lo por venir, y arrancan a la pluma chispas de luz, que van a inflamar la aridez de los corazones egoístas o temerosos.

Nació Nariño en una de las épocas más trascendentales de la historia moderna: cuando la tierra, milagrosamente fecundada, como en los tiempos primitivos, produjo una generación de gigantes, destinada a transformar el mundo. El Continente americano, después de tres siglos de tranquilo sueño colonial, durante los cuales no tuvo ninguna figura de primer orden, se agitó de repente en las convulsiones de un prodigioso alumbramiento, y enriqueció la historia con los nombres de Nariño y Miranda, de Bolívar y San Martín, de Sucre y de Santander, de Caldas y de Torres, y de esa legión de figuras proceras, cuya aparición casi simultánea nos parece un milagro de la naturaleza. Cada uno de esos hombres era un ejemplar y tipo de la raza, por la espléndida variedad de sus talentos y aptitudes; por su energía creadora; por sus vastas aspiraciones; por la

actividad volcánica, que ya hace surgir nuevas tierras del fondo de los mares, ya disloca continentes, en medio de tremendas convulsiones. Ante aquellos colosos del pensamiento y de la acción, que todo lo previeron y todo lo adivinaron; en cuyos corazones palpitaron los dolores y los anhelos de un mundo; que nacieron en colonias desconocidas y les dieron un puesto en la historia, nos sentimos sobrecogidos de admiración y de respeto; la gratitud llena nuestras almas, y también experimentamos el aguijón del remordimiento al considerar que al cabo de una centuria apenas comenzamos a descifrar la genuina significación de las lecciones de patriotismo, de desinterés, de fortaleza y de justicia que nos legaron, como la herencia más propia de los padres de la Patria.

No todos esos hombres tuvieron un próspero destino: a los magnánimos precursores, Nariño y Miranda, los oprimió la fatalidad con garra de hierro; Bolívar supo dominar con su genio a la fortuna, deidad veleidosa y esquiva, que lo traicionó cien veces y al cabo se rindió al hechizo de sus imperiosos halagos. Cuando tendiendo la vista atrás, tratamos de reconstituír la visión de lo pasado, vemos aparecer a Bolívar, como creación fantástica de los poemas de Ossian, envuelto en el manto del iris, con la borla imperial de los incas sobre la frente y la espada del Cid en la mano, humillando al Chimborazo y venciendo al Tequendama; fundador de naciones, numen de la paz y de la guerra. A Nariño no podemos evocarlo en esa actitud de semidiós: en él vemos al hidalgo bogotano, al militar civil, que debajo de su capa española esconde el volcán de sus impulsos revolucionarios; y lo que más nos atrae y conmueve en su historia son sus desgracias, tan grandes como inmerecidas; su inexplicable abandono en Pasto; su largo cautiverio en España; su acusación dolosa ante el Senado de la República. Es de la raza de Prometeo, benefactor de sus semejantes, aherrojado, pero no vencido. Lleva en su frente la auréola melancólica de los que luchan, para que otros coronen el triunfo. ¡Cuán simpáticos son esos seres que cumplen con su deber sin estímulos de honores ni de ganancias; que todo lo sacrifican por la conquista de un ideal sin mancha! Si vencen, reciben las coronas del triunfo con serena dignidad; si sucumben, saben caer sin exhalar una queja; y ni aun entonces dicen adiós a la esperanza; saben que las grandes ideas no mueren aunque a veces se las vea zozobrar; pues como la botella en el mar, del sublime poema de Vigny, pueden flotar perdidas por largo espacio entre las olas del tiempo; al cabo otro cerebro las recoge; abre la frágil envoltura de cristal y saca a la luz la hoja amarillenta donde el genio escribió sus fecundas revelaciones.



Es Nariño un bello tipo de hombre y de ciudadano; un carácter complejo, en que abundan los rasgos de luz, y hay sólo ligeros toques de sombra, inevitables para que la figura no tenga rigidez extrahumana. Es también un ejemplar representativo del antiguo hidalgo de Santafé. Había en él una sabrosa mezcla de llaneza y de altivez. Tenía un corazón pronto al entusiasmo y una inteligencia firme y razonadora, armada con las puntas de la ironía. Como el bogotano de raza, mostró escasa afición a las inútiles manifestaciones de aparato, por un sentimiento combinado de escepticismo y de delicadeza moral; pero al propio tiempo tuvo la plena posesión de sí delante de las grandezas humanas; lo que permitió al desconocido colono entenderse audazmente con Tallien y con Pitt. Ni es extraña a los hijos de este suelo esa audacia de pensamiento de que dio pruebas Nariño rompiendo con la política absolutista y abrazando los principios consignados en la declaración de los derechos del hombre; sólo que esa audacia, aun cuando se aventure sobre peligrosos abismos, sabe detenerse también, enfrenada por la saludable disciplina de la tradición y el influjo de la fe. Y nuestro Nariño hasta por esa dulce afición a la letras, que dio gala a su pensamiento y le permitió acerar los dardos que lanzó contra Morillo en sus célebres cartas, hizo de *La Bagatela* un periódico que tiene su puesto en nuestra historia literaria, y dio a su elocuencia el corte amplio y rotundo de la oratoria clásica.

Entre los grandes espectáculos de la guerra de la Independencia, pocos tan novelescos y palpitantes de interés como la campaña de Nariño, cuando parte para el Sur, vence al enemigo en combates inverosímiles y llega de un solo arranque hasta los ejidos de Pasto. Allí lo aguardaban la traición, el vencimiento, el cautiverio. Fue su carrera como la de una de esas águilas de los Andes, que emprende largo viaje, venciendo el empuje contrario de los aquilones; y que, al cruzar por encima de un valle escondido, se ofrece como blanco al tiro traicionero del cazador; rota el ala potente, erizadas las plumas, desciende girando por los aires, hasta llegar a tierra, donde una tropa de gañanes la aprisiona con indignos lazos, no sin temor a las miradas fulgurantes y al acerado pico de la reina cautiva, que aun en su desgracia inspira respeto. Tal Nariño, cuando mantiene a distancia al pueblo enemigo, amotinado para pedir su cabeza, y lo domina con una de esas frases épicas, en que se concentra toda la grandeza moral de un hombre, como se descarga en el rayo la electricidad acumulada en el negro seno de las inmensas nubes de la tempestad.

¡Salve, egregio varón, cuya suerte fue tan extraña que hasta tus cenizas mortales, que legaste como herencia a la

Patria, peregrinaron por largos años, antes de venir a reposar bajo las bóvedas de nuestra Basílica, allí donde palpita el corazón de tu amada Bogotá. Mucho tardó también tu efigie en recibir la consagración del bronce; pero en cambio no correrá el peligro de ser derribada por el odio o el desprecio de tus conciudadanos; porque ya tienes tu puesto en el coro de los inmortales, y el pueblo, antes de verte aquí, había ido modelando tu figura ideal, de guerrero y de magistrado, de pensador y de estadista, en cuyas manos lucen la espada del libertador y los instrumentos de la agricultura, que enriquece a las naciones; y cuyas glorias aparecen realzadas por la auréola del desinterés, virtud de los grandes ciudadanos, piedra de toque de la rectitud de intenciones de los hombres públicos!

Hace un siglo, cuando rugía de nuevo la invasión española, fuiste el campeón de la declaratoria de la independencia absoluta de España y plantaste en esta ciudad el árbol de la libertad, en cuyas ramas lucían símbolos religiosos. Pequeño era ese árbol, y poco tiempo después quedó como herido de muerte por el hacha pacificadora; pero había echado raíces en terreno propicio, y retoñó trabajosamente, hasta cubrirse de flores al sol de Boyacá. Durante esta centuria, recios vientos lo han combatido; pero su sombra ha seguido amparándonos y negando su protección al dragón de la tiranía; y es un hecho consolador que no obstante nuestras terribles vicisitudes políticas, Colombia ha sido siempre un país civilista donde el militarismo cruel, que ha diezmado a otras repúblicas, ha sido planta exótica, y donde el Jefe del Estado no hace ostentación de la espada, aun cuando la haya esgrimido valientemente en el campo de batalla, y prefiere autorizarse ante sus conciudadanos con las nobles insignias del poder civil. ¡No es la Colombia de hoy indigna de ti!



## DISCURSO

DEL GENERAL E. RESTREPO TIRADO, PRESIDENTE DE LA  
ACADEMIA, EN LA SESIÓN DEL 16 DE JULIO

La Academia de la Historia fundada con el objeto de mantener latentes los patrios sentimientos con los recuerdos del pasado, no ha fallado en su propósito en los diez años que lleva desde su creación. En las reuniones quincenales, en las sesiones solemnes anuales, por medio del *Boletín de Historia* y de multitud de otras publicaciones que de su seno han salido, siempre ha procurado infundir el amor a los fundadores y bienhechores del país, retrazar sus accio-

nes gloriosas, recordar y enaltecer sus virtudes y presentar el cuadro de nuestro heroico pasado con el bello reflejo de altos caracteres cívicos, de grandes ejemplos de patriotismo y de voluntarios sacrificios, quizá igualados, más nunca superados por otros pueblos a quienes la historia ha apellidado naciones de valientes.

Hoy no podía faltar la Academia a la glorificación de uno de los más memorables y trascendentales acontecimientos del año terrible de la Patria Boba, en que Cundinamarca en un momento de vértigo patriótico, cansada de ver fallidas las promesas que de España se hacían a las colonias y sintiendo sobre su cuello el ominoso yugo del vasallaje colonial, sacudió las alas, irguió la frente y libre de grillos clavó la garra en inmortal documento, en que se declara libre del dominio castellano, independiente de todo poder extraño, resuelta a derramar hasta la última gota de sangre antes que sentir que esa sabia poderosa pueda transmitirse a las futuras generaciones como un legado de esclavitud. Obligándose a sostener esta declaración, como dice Nariño, «con nuestras vidas, nuestros bienes y nuestro honor, lo más sagrado sobre la tierra después del juramento prestado.»

Pronto tendréis conocimiento del acta de aquel día, y si repasáis la historia de la época, comprenderéis porqué he apellidado terrible el año estampado al pie.

Jamás se vio Cundinamarca en época más calamitosa y nunca miró más incierto su porvenir. Eran tan lentas y difíciles entonces las comunicaciones, que las gentes se hallaban en completo oscurantismo, ignorando cuanto pasaba en el resto del país. Santafé estaba como en un satélite aislado que girara alrededor del globo pero con él incomunicado. Motivo por el cual los patriotas, y entonces eran numerosos, pues la segur española no había hecho su gran cosecha de cabezas, se hallaron desorientados, desviados y se entregaron a la ardua tarea de jugar al gobierno, como poseídos de candidez infantil, volviendo a las luchas lugareñas de hunzas y bacataes, deponiendo y cambiando Gobernadores, desconociéndose los unos a los otros, enviándose carteles de desafío con olor a feudalismo, apelando a congresos y a asambleas, pretendiendo formar de cada Municipio, hasta de los más desiertos, una nación independiente. Y todo esto cual si ya fuésemos libres y pudiéramos sin temor gobernarnos a nuestro antojo, cuando al enemigo lo teníamos por todas partes, y nos servíamos de sus mismas milicias para aniquilarnos y dividirnos; y los que más habían luchado por la libertad resultaban dictadores; y todo aquello formó un carnaval incomprensible, y a esa época dieron sus mismos contemporáneos el nombre de Patria Boba.

Pero en medio de esa conflagración y del inminente peligro de perdernos en el seno de la negra anarquía que amenazaba destruirnos, fulguró como haz eléctrico una ráfaga de luz, el acta de la independencia absoluta de España, que atrayendo las miradas a un solo foco, encaminó las voluntades a un sendero único, a un voto unánime: luchar hasta morir por obtener la libertad.

Ese grito de libertad que parecía estallido supremo, arrancado a un pueblo oprimido, fue repercutiendo en el corazón de los santafereños, y sus ondas sonoras fueron extendiéndose; sin perder nada de su vibrante fuerza, levantando el entusiasmo en los habitantes de la Sabana y sacudiendo a toda la Provincia. Y este pueblo al parecer sumido en torpe sopor, que como una máquina hacían mover sus gobernantes de uno a otro lado, que estoico no parecía darse cuenta de su destino, despertó a la realidad y pensó en su porvenir y en su felicidad, en la dicha inmensa de llegar a tener patria y de asegurar a sus hijos la más bella herencia. Y este pueblo tuvo conciencia de sus destinos y alzó la frente, y luchó, y regó con su sangre el árbol de la libertad y acumuló en las páginas de la historia tal número de hechos gloriosos que en el espacio de un siglo no hemos alcanzado a recopilarlos.

Parecía entonces Cúndinamarca pequeño recinto para contener a tantos héroes. Era que estaban apresados en un molde demasiado estrecho. Tántas inteligencias y valor tanto necesitaban más vasto escenario, un campo de acción proporcionado a sus capacidades y ambiciones, y como torrente que rompe sus diques, se derramaron en todas direcciones. Unos fueron al Norte, y los que no cayeron en el camino dejando en su losa funeraria el recuerdo de una muerte gloriosa, llegaron triunfantes a Caracas; otros siguieron al Mediodía, abriéndose campo en las asperezas de la cordillera, por entre bayonetas enemigas, entraron a Pasto, y más tarde fueron al Perú; otros se dirigieron a las llanuras orientales a encararse con los elementos, con los ríos caudalosos, con atmósfera mortífera, con la inmensidad... con las fieras, con las necesidades... con los arcabuces y con los mismos defensores de la libertad en aquellas regiones.

Un hombre encabezó y produjo ese sacudimiento redentor, aquel que nunca escatimó su sangre ni su tranquilidad cuando se trataba de servir a la Patria. Nariño comprendió el estado de confusión, de ofuscación, el caos en que nos hallábamos envueltos. Pero él conocía la generación que le rodeaba, sabía cuánta generosidad había encerrada en los corazones de sus conciudadanos, cuántas virtudes en germen en sus pechos, cuántas energías ignoradas. Precisaba poner en juego tan buenos y abundantes elemen-

tos que sólo necesitaban una voz poderosa que los llamara a la vida, y entonces tuvo la feliz ocurrencia de iniciar la proclamación de nuestra independencia, que fue el resucita, Lázaro, de nuestro carácter nacional.

En el discurso en que Nariño da cuenta del acta proclamada en el Colegio Electoral, se encierran estas bellas frases: «Cuando nuestra suerte dependía de unos amos fieros y altaneros, nos bastaba saber obedecer; pero hoy que depende de nosotros mismos, es preciso saber pensar, saber sofocar nuestras pasiones, nuestros resentimientos, nuestros vicios y saber sacrificar generosamente nuestros intereses y nuestras vidas. Advertid que ya estáis en alta mar y no basta arrepentiros de haberos embarcado para llegar al puerto: es preciso no soltar los remos de la mano si queréis escapar de la tormenta. Que el fuego sagrado de la libertad penetre vuestros corazones, que inflame vuestras almas, que ilumine vuestros entendimientos.» y termina diciendo: «El Cielo bendecirá la obra de vuestras manos y nosotros con toda nuestra posteridad cantaremos himnos de gozo y de reconocimiento a los restauradores de la paz, a los libertadores de la Patria.»

No podía la Academia dejar pasar inadvertido el aniversario de este día, y para conmemorarlo debidamente nada mejor podía hacer que nombrar de su seno un orador que recordara a lo más selecto de la sociedad bogotana, reunida en el más lucido de sus salones, los hechos históricos que hoy conmemoramos. Con tal objeto fue nombrado por unanimidad de votos el doctor Pedro María Carreño, que hoy ocupa el segundo puesto en el Gobierno y uno de los primeros entre nuestros oradores, y cuyas palabras tendréis pronto el placer de saborear.



## DISCURSO

DEL DOCTOR PEDRO M. CARREÑO, LEÍDO EN LA NOCHE DEL 16 DE JULIO DEL PRESENTE AÑO EN EL TEATRO DE COLÓN, EN LA SESIÓN SOLEMNE DE LA ACADEMIA DE HISTORIA NACIONAL

La docta corporación en cuyo nombre tengo el señalado honor de llevar la palabra en esta fecha augusta para la República, al designarme para representarla en la presente solemnidad, atendió, sin duda, más a las inspiraciones de su benevolencia que al peso que hace gravitar sobre mis débiles capacidades. Pero si por un lado han flaqueado mis fuerzas ante la magnitud del cargo, por otro bien se ve que estoy en circunstancias de desempeñarlo con cierta libertad

y desembarazo de que no disfrutarían mis distinguidos colegas al hablar de una obra ya imperecedera, cual es la que ha realizado la Academia Nacional de Historia con gloria para Colombia, para las letras hispanoamericanas y por consiguiente con mérito envidiable de los miembros de aquel ya célebre instituto. Mi falta de aporte literario y mi condición de recién venido al seno de una Sociedad en donde la erudición y el talento sólo se han dejado igualar por el más acendrado sentimiento de amor a la Patria, me colocan en situación en cierto modo favorable para expresar sin reserva un elogio ingenuo de la insigne labor de la Academia.

Antes de tener la suerte de penetrar en su recinto, había observado con simpatía y admiración su marcha firme y airosa por dilatadas regiones de nuestra historia, y luego al trasponer, con la sinceridad del neófito, el umbral y ver de cerca los trabajos de paciente reconstrucción que los miembros de la Academia han llevado a cabo o iniciado y adelantado con brillo, he sentido, como sentiréis todos vosotros, un impulso de legítimo orgullo suscitado por la idea de que nos aproximamos al alto nivel que, en materia de estudios históricos y principalmente en lo que concierne a la Historia Patria, alcanzan países muy civilizados que, asociando sabiamente a la noción del espacio la del tiempo, reivindicar y guardan sus archivos con la misma solicitud que sus fronteras.

Largos años permanecieron en abandono casi absoluto nuestras tradiciones y la memoria de cada generación apenas tenía de ordinario el alcance retrospectivo de una década; y si bien es cierto que el culto de los próceres se conservó siempre, y que la llama patriótica no llegó a extinguirse en su santuario, fuerza es reconocer hoy que ese culto adolecía en ocasiones de cierta tibieza y aun inconsciencia que lo privaba de la fecundidad que acrecienta la fe en el porvenir y da esplendor al espíritu nacional.

Se invocaban los nombres de los héroes y de las batallas, pero sus ya lejanos fulgores no disipaban la sombra que ocultaba las energías precursoras de la Independencia. Faltaba la acción metódica y el empeño perseverante de los historiadores que además de narrar los hechos gloriosos, rastrearán sus orígenes colmados de enseñanzas para la posteridad.

Se ha dicho que los griegos de hoy tienen poca sangre helénica, y hay quien cree que no tienen ninguna y que, sin embargo, aspiran a enlazar su historia contemporánea con la historia antigua de Grecia. Sucesos y correspondencia recientes están demostrando que esa aspiración es indudable, y cualquiera que sea el grado de atavismo que expli-

que tal tendencia, es también evidente que los actuales rivales de Bulgaria extraen no poco de su vigor de bien remotos recuerdos, sin que por eso se pretenda hacer depender el alcance y certera puntería de las armas modernas de simples reminiscencias de la Ilíada. En sentido contrario, un escritor español lamenta que en el alma de su pueblo haya entrado muy hondo un sentimiento de inferioridad ingénita, irremediable; y lo atribuye con amargura a la acción literaria que ha procurado demoler la vieja historia y encerrar al Cid bajo siete llaves y proclamar el entierro definitivo de don Quijote. El temor de caer en delirios y extravíos por la obsesión de los fantasmas y leyendas no debe llegar al extremo de dejar para siempre sepultadas antiguas crónicas y códices que a un mismo tiempo reproducen vetustas realidades y acaso gérmenes restauradores del espíritu nacional. Y precisamente el medio de obtener este último resultado sin artificiales y peligrosos sacudimientos es el que con el ejemplo, entre otros, de los distinguidos académicos señores Ibáñez y Posada, se ha empleado con especial interés y feliz éxito en años recientes durante los cuales lo que podría llamarse reconstrucción de nuestra historia ha adquirido notables proporciones.

En 1902 pusieron la primera piedra del sólido monumento que lleva el nombre de *Biblioteca de Historia Nacional*, y en el introito de la *Patria Boba* decían, como fluctuando entre la duda y la esperanza de dar cima a tan meritorio pensamiento:

«Si llegaremos a darle magnitud o si habrá de quedarse, como muchas de nuestras empresas, en solo las bases; si lograremos nosotros coronar el edificio, o si, faltos de recursos, de fuerzas o vida, tocare a otras manos concluir la tarea, cosas son de difícil vaticinio; pero en todo caso se ha hecho ya, con trazar el plano y poner este cimiento, una obra de civilización y patriotismo.»

Mancomunado en cierto modo el esfuerzo inteligente de los Directores de la Biblioteca de Historia Nacional con el de la Academia, se han echado no sólo las amplias bases de aquel espléndido monumento, sino también se han alzado varias de sus partes primordiales en el término relativamente breve de diez años.

No muy atrás oímos la siguiente declaración de los eximios biógrafos Angel y Rufino José Cuervo:

«Como las noticias íntimas que nos quedan de la vida colonial proceden de los recuerdos que nuestros mayores hacían de los días de su niñez, con facilidad nos imaginamos que aquello era otra edad de oro. A sus ojos todo era contento, tranquilidad y bienestar, sin que turbase la general

concordia otra cosa que alguna jácara, ensaladilla o pasquín con que unas familias se despicaban con otras, al fin como en población donde todos se conocen, y que corría de boca en boca alimentando la inocente malignidad de la gente buena.»

Y si se retrocede más, no por la mayor cercanía a los tiempos que se investigan, se hallarán puntos más accesibles y permanentes que reflejen el fondo de las costumbres, de los sucesos y de los personajes. En 1867 don José María Vergara y Vergara al publicar la *Historia de la Literatura en Nueva Granada*, refiere las serias dificultades que encontró desde el momento en que comenzó a buscar los materiales de la obra, y sus esfuerzos encallaron más de una vez porque nadie le daba noticias de obra alguna escrita en ese departamento de nuestra historia. Y cuando acudió presuroso a la *Historia de la Nueva Granada desde la Conquista hasta 1810*, por el señor José Antonio de Plaza, obra publicada a la sazón como erudita y laboriosa investigación de nuestras antigüedades, en lugar del anhelado acervo de elementos, tropezó desconsolado con esta sentencia abrumadora:

«La historia literaria de este país hasta 1800 no presenta un solo rasgo característico nacional, ni un sabio de quien gloriarnos.»

Pero el señor Vergara era tenaz, y a pesar de todo resolvió remontar solo y con medios deficientes la corriente de los siglos, en la cual, como él mismo dice, apenas logró ver los paisajes al revés, sin perspectiva y sin explicación; si bien como explorador afortunado regresó trayendo ricas muestras de la vasta región que pudo recorrer. «El ingenio, las ciencias y el comercio pueden ir a ella,» exclamó el señor Vergara al fin de la jornada. Esa generosa excitación tuvo eco al cabo de los años, y hoy admiramos a nuevos exploradores cuyas huellas van quedando indelebles en las páginas del *Boletín de Historia y Antigüedades* y de la *Biblioteca de Historia Nacional*.

Ahí se ve la busca y selección de documentos, no como labor mecánica ni como estudio stratigráfico que clasifica y observa fríamente las capas superpuestas dejando al propio tiempo la roca en su inmovilidad absoluta, sino como esfuerzo reflexivo y fecundo que arranca el fósil y lo despierta de su sueño secular. En esa tarea nuestros críticos e historiógrafos van avanzando tanto que podría con fundamento sospecharse que en ocasiones han llegado a convertirse, como Taine, en contemporáneos de los hombres cuya historia se refiere, y a sentir, estando en los archivos y seguir en el amarillento papel los antiguos escritos de aque-



llos hombres, la tentación póstuma que más de una vez asaltó al insigne pensador de dirigirse a los personajes del antiguo régimen y hablarles en voz alta.

Ni han desconocido nuestros modernos historiadores aquella idea expresada por Henry Houssaye al frente de su obra 1875: «Los Monarcas, los Capitanes y los Ministros no son los únicos personajes de la Historia. El pueblo y el ejército tienen igualmente su papel. Al lado de la Corte y del Senado está la plaza pública, y el campoalrededor del Cuartel General.»

Ni han puesto en olvido el sistema de Lenotre, quien adoptando un procedimiento opuesto al del autor de *Los Girondinos*, ha realizado a los actores más que por sus propios movimientos, por las cosas que los rodean, por los lugares y las decoraciones, para llegar por esos medios inequívocos a la reproducción de la verdad.

Dado cierto espíritu pesimista que a veces nos aqueja, me sobreviene el temor de que alguien pueda temer y recatar el pensamiento de exageración en mis palabras acerca del progreso de nuestra historia y bibliografía y de su comparación con autoridades extrañas y métodos consumados; o bien me perturba la duda de que el elogio que tributo en esta fecha a los que han acometido la plausible empresa de resucitar épocas muertas, llegue a bastardear y a descender a necio desahogo de infatuación patriótica. Pero ni el temor ni la duda podrían subsistir ante hechos positivos que no se escapan a vuestra ilustrada consideración y que acredita el impulso dado en el último período a nuestras investigaciones históricas.

El esfuerzo interrumpido de meritorios historiadores y bibliógrafos a quienes tocó de ordinario trabajar aisladamente con elementos escasos o precarios, se ha reanudado y acrecentado mediante una acción colectiva y metódica de la cual hay ya frutos sazonados. De esa suerte, precedida de los sencillos anales de Vargas Jurado y reflejada en la relación de José María Caballero y en el poema *Santafé Cautiva* de don José Antonio de Torres y Peña, salió a luz *La Patria Boba*. Con este nombre, que acaso por consideraciones tradicionales se ha conservado, recuérdase la época de la gestación y nacimiento de nuestra República; y al oírlo parece por el primer momento que en su significación despectiva quedaran envueltos por sus apariencias de candidez los que trataban de fundarla. Apariencias engañosas que se repiten. La primitiva República romana, formada de campesinos, fue la cuna del águila que, según frase de Ferrero, habrá de agitar más tarde furiosamente las alas, procedentes del Ponto para caer sobre el enorme y soñoliento paquidermo del Oriente. Los hombres de la República de

Cundinamarca se engolfaron al principio en consideraciones locales y entregáronse a discutir desconcertadamente formas de Gobierno. Se movían «como el ave—dice el introito de *La Patria Boba*—que se escapa de su largo encierro, y que sin saber a dónde tender el vuelo, se golpea contra los muros.» Pero de ahí habrá de remontarse a los Andes y arrebatarse laureles como el condor que campea en el escudo de Colombia.

Lento y laborioso tenía que ser el proceso de la transformación que comenzó en 1810 y culminó el 16 de julio de 1813 en la valerosa declaración de independencia de Cundinamarca, decretada y sancionada por el Serenísimo Colegio Electoral y Revisor, y promulgada por don Antonio Nariño, Teniente General y Presidente del Estado.

La Constitución de 1811 no desligó manifiestamente la Colonia de la Madre Patria. El pensamiento de independencia absoluta palpitaba en algunos, pero en las gentes ignorantes, que eran las más, existía aún la preocupación del Rey, y al paso que el Soberano trashumante esperaba la intervención inglesa que había de dar lugar a la restauración de 1814, en esta capital del Virreinato se le rendía pleito homenaje.

Toda independencia impone lucha y padece fuerza, y la nuestra halló obstáculos no sólo afuera sino también en el interior. Fue el mismo caso de España en la lucha que sostenía por entonces contra la invasión francesa y contra el antiguo régimen peninsular. En el seno de la Península se peleaba a la vez por deshacerse de la intervención napoleónica y por sustituir el Gobierno absolutista de la camarilla del Rey con un régimen hasta cierto punto democrático que entrañaba el principio de la soberanía nacional; pero la Constitución española de 1812, que seguía esa tendencia, desapareció presto por obra de la reacción de 1814.

En la Colonia se produjo movimiento análogo. En 1811 la Constitución de Cundinamarca erigió esta Provincia en Monarquía para que el Rey la gobernase según las leyes, y al mismo tiempo moderó su autoridad mediante la Representación Nacional; estableció la división de los tres poderes; asentó la primera base de las libertades públicas y de la soberanía nacional. El Serenísimo Colegio Constituyente y Electoral de Cundinamarca dijo a los ciudadanos al aprobar aquella ley fundamental: «No es ésta la voz imperiosa del despotismo que viene del otro lado de los mares: es la de la voluntad de los pueblos de esta Provincia legítimamente representados.»

El Colegio Revisor y Electoral dio un paso más y expidió la Constitución de 1812. Así apareció la República de Cundinamarca.

Pero no obstante la solemne proclamación de Gobierno republicano, quedaban aún vestigios de la autoridad del Rey de España e Indias.

Hace un momento os cité el nombre de un patriota de Santafé cuyo grato recuerdo se debe a los Directores de la *Biblioteca de Historia Nacional*. Ese patriota, ferviente admirador de Nariño, fue un modesto obrero que salió del taller y tomó las armas en servicio de la República como Subteniente de milicias de infantería. El militar se convirtió en cronista, y dejó una relación diaria que refleja vivamente los acontecimientos de la *Patria Boba*.

De esas crónicas de José María Caballero, desempolvadas cuidadosamente por nuestros académicos, permitidme reproducir la breve y sencilla página del viernes 16 de julio de 1813:

«Hoy—dice Caballero—se hizo lo mismo que ayer; toda la mañana se la llevaron en discusiones, y sucedió lo mismo con los dos defensores de Fernando, pero los discursos del señor Presidente convencían a todos. Después de las doce, ya cansados de discursos, se propuso la moción, y *todos la declararon*, menos el doctor Torres y don Fernando Rodríguez (*chapetón*). El numeroso y respetable pueblo que estaba en expectación, *declaraba la Independencia*. Comenzaron todos con grandes aclamaciones de alegría, palmoteos y vivas a la Independencia y Libertad, y salieron por las calles lo mismo. Acabada dicha moción eligieron a María Santísima de la Concepción por Patrona del Reino, con pluridad absoluta de votos.»

A falta de eufemismos que idealicen y realcen decorosamente hechos de tanta trascendencia, como los que apunta el cronista, reconoceréis en éste la expresión de la verdad.

A riesgo de parecer impaciente o precipitado, me atrevo a celebrar aquel cansancio de que habla Caballero, y que puso término a la moción e inauguró la independencia y dio principio al alborozo popular.

Sobre la parte final del relato que os he reproducido, bástame prohiar las palabras del insigne Caro al referirse al mismo hecho expuesto en la *Gaceta de Cundinamarca* de 22 de julio de 1813: «el sentimiento capital que animó a los padres de la Patria y pone el timbre de la unidad a su obra, fue el de la libertad civil en el Estado cristiano.»

Si las circunstancias en que me ha tocado corresponder al honor que me ha dispensado la Academia Nacional de Historia, hubiesen sido otras, con singular satisfacción habría espigado en el extenso y fértil campo cultivado diestramente por mis ilustrados colegas; y siguiendo sus hue-

llas, os hablaría ahora del *Precursor* y de cuánto amó a su Patria, y de las torturas que sufrió en su cuerpo y en su espíritu por haber sido osado a trasplantar los *Derechos del Hombre* a nuestra tierra virgen; del gallardo cadete en las milicias patriotas de 1814, el benemérito General *Herrán*, quien ascendió a las más altas cumbres y sufrió las vicisitudes de la política dando siempre ejemplos de tolerancia y hermanando a los partidos en la Patria; de *Los Comuneros*, que en lo más intenso de la sublevación evocaron los manes de Saguanmachica y preludieron la independencia declarada hoy hace una centuria; de la *Recopilación Historial*, en la cual fray Pedro de Aguado narró hace más de trescientos años famosos hechos de la conquista, que en un archivo matritense esperaban pacientemente que un bibliógrafo de Ultramar los sacara a la luz en la tierra donde se habían consumado y los presentara a las generaciones del día para enseñarles cuán esforzadamente pueden hoy continuar la colonización de las más remotas comarcas de la República avanzando por las vías que dejaron abiertas sus heroicos ascendientes; os hablaría también de la *Convención de Ocaña*, lección elocuentísima que nos dice cómo las fuerzas vivas de la Nación representadas en muchos de sus más preclaros varones, desaparecieron bajo la procelosa ondulación de los partidos; del *Tribuno de 1810*, José Acebedo y Gómez, redactor del acta de nuestra Independencia, vástago del tronco nobiliario que rindió generosamente sus frutos a la democracia y a la libertad; de las *Relaciones de Mando*, que reviven la administración colonial, antes mal conocida u olvidada; de las *Obras de Caldas*, uno de los ilustres fundadores de la nobleza intelectual colombiana, a quien no há mucho tuve el honor de recordar como reconstructor de la obra del académico La Condamine, admirable comentador de Humboldt, compañero y digno sucesor de Mutis en la ciencia y de Lozano en el martirio, inscrito por el eximio erudito Menéndez y Pelayo al lado de Buffon, de Cabanis y del Barón de Humboldt, explorador de las nevadas cumbres de los Andes, que observó el cráter de Imbabura con mejor éxito que Plinio el cráter del Vesubio, y eminentísimo representante de aquella dinastía intelectual que, al decir de un historiador romano, ha durado más tiempo que la de los Césares y dominado el mundo durante veinte siglos, dinastía de «hombres de pluma que en toda la historia de la civilización tan pronto han sido los sostenes del Estado como los artífices de la revolución.»

Los volúmenes de la *Biblioteca de Historia Nacional* y el *Boletín de Historia y Antigüedades* os demostrarán, mejor que mis débiles palabras, que se abre hondo surco en el pasado de la Patria, y que mientras esa actividad no desmaye,

nada tenemos que temer de aquella verdad invocada ansiosamente en otro tiempo por una de nuestras glorias literarias: «un pueblo que no sabe ni estima su historia, falto queda de raíces que le sustenten, y no tiene conciencia de sus destinos como Nación.»

- 126 -

## DISCURSO

DEL ACADÉMICO SEÑOR GENERAL RESTREPO TIRADO, AL INAUGURARSE EL MUSEO NACIONAL

Hace dos años en el antiguo local del Museo inaugurábamos un nuevo salón con algo de luz, buen enlosado y delgadas columnas bronceadas, que contrastaba por su aspecto menos severo con el frío y lóbrego depósito pomposamente bautizado con el epíteto de Museo Nacional. Creíamos entonces que pasarían muchas Administraciones sin que este establecimiento diera un paso adelante, y que por bien servidos debíamos considerarnos si lograríamos llenar con objetos nuevos los pedazos de pared que aún quedaban en claro. ¡Eran anteriormente tan escasas las donaciones (quince contamos en los últimos doce años) y tan exigua la atención que le habían prestado los gobernantes! Afortunadamente por esta vez nos engañamos. Apenas vio el público que se prestaba atención a las colecciones, que se trataba de clasificarlas y que se estaban catalogando; que se guardaban con celo cariñoso y se exhibían, principió a desprenderse generosamente ya de un recuerdo histórico que se conservaba religiosamente en la familia, ya de objetos curiosos, muy valiosos algunos de ellos, y los fueron aportando como donativo. El doctor Cuervo Márquez, actual Ministro de Instrucción Pública, logró conseguir del Congreso, después de una lucha tenaz, que reconociera en el Presupuesto una suma anual de \$ 1,000 como auxilio para la conservación y aumento del Museo. Mucho trabajó por aumentar esta partida, sin lograrlo. Aunque la suma es casi irrisoria, con ella se han logrado conseguir objetos que ya agregados a otros similares aparentan muchísimo más valor. Los regalos de los particulares durante estos dos años, las compras que se han hecho y el apoyo directo que ha prestado el Gobierno proporcionando el transporte gratuito y consecución de antiguallas que se hallaban dispersas en el país, fueron llenando el edificio hasta que llegara el momento en que no pudo contener ni un regalo más, y que los últimos recibidos hubiera que acumularlos en el suelo.

Entonces se le ocurrió al Gobierno la feliz idea de trasladar el Museo de los sótanos oscuros de San Carlos a estos

alegres salones, que si no del todo apropiados para el efecto, sí presentan a lo menos mayor comodidad, luz y ventilación indispensables.

Avergonzábame hace dos años cuando algún extranjero, provisto de tarjeta de introducción otorgada por un Ministro de su país o por un sabio colega del Exterior, se acercaba a visitar con especialidad alguna de nuestras colecciones. Llenábame de confusión al tener que mostrarle entre empolvado armario o en húmedo rincón, en la penumbra, unas piedras que no alcanzaban ni a presentar el brillo de sus sulfuros, o unos fósiles cuyos dibujos ni se alcanzaban a ver. . . . Mucho falta aún por hacer, pero ya estamos en buen camino. Ya puede el extranjero solazarse un rato por estos salones, donde apenas hay un germen de Museo, es cierto, pero robusto germen lleno de esperanzas para el porvenir.

Si en corto tiempo hase más que duplicado el número de los objetos aquí exhibidos, bien podemos prometernos que muy pronto, contando con los donativos que no dudo seguirán en creciente progresión en vista de lo hecho, el apoyo que el Gobierno ha ofrecido seguir prestándonos, y al que no dudamos nos proporcionarán las Cámaras Legislativas, una vez que se convenzan de que con poco esfuerzo podemos impulsar mucho, dentro de corto tiempo, repito, con esta unión generosa de las voluntades tendremos un establecimiento no sólo digno de esta Atenas suramericana sino de inscribirse entre los primeros de su clase.

No olvidemos lo que ya habíamos recordado en otra ocasión, que más que lugares de recreo son estas instituciones centros de educación y de ilustración. Aquí aprenderán las generaciones que nos empujan, a conocer los nombres de nuestros grandes hombres, y al grabarse cada retrato en su mente querrán saber algo de su historia, y así los conocerán, tratarán de imitar sus virtudes y de evitar los tortuosos senderos que a unos pocos llevaron al abismo. Consultando lo que fue su vida sabrán los sacrificios que se deben a la Patria y cómo ésta los recompensa eternizando sus nombres y grabándolos diariamente en el corazón de sus hijos.

Aquí estudiarán y palparán las riquezas minerales que encierra Colombia en su seno y la infinita variedad de productos raros, bellos y codiciados con que Dios quiso adornar su suelo y embellecer sus bosques y sus campos. Podrán establecer aquí comparaciones entre lo que fuimos y lo que somos, y llevados a la investigación por la curiosidad que despierta la vista de los objetos, podrán trillar en el anchísimo campo de la ciencia recorrido por tantas rutas que a cada paso nos presentan nuevos senderos. Aquí, en fin, ha-

llarán la base para profundizar a la humanidad en sus múltiples caracteres y a la naturaleza en sus infinitos aspectos.

De hoy en adelante podemos decir, si nuestra vida republicana no presenta disturbios y trastornos, que el Museo Nacional ha resucitado y principia nueva vida lleno de sabiduría y de fuerza. El doctor Restrepo, al retirarse a la vida privada, no irá, como muchos de sus antecesores, sin dejar huella de su paso por el Gobierno. Su nombre no se pondrá en el libro que registra nuestras periódicas revoluciones, pero sí quedará esculpido, y en letras inmortales, en instituciones como éstas, que son las que perduran y las que hacen a los pueblos grandes ante las demás naciones.

El mejor modo de conmemorar y de honrar a nuestros grandes hombres es hacer, aunque en pequeña escala, lo que ellos, gigantes de otros siglos, hicieron en grado mayor. Ellos edificaron Patria, a nosotros corresponde no sólo mantenerla libre e intacta, sino engrandecerla; ellos levantaron el edificio, nosotros estamos en el deber de embellecerlo. Hace cien años que se firmó el acta de independencia de Cundinamarca, y hoy su capital se regocija al recordar tan glorioso día, y el pueblo está de plácemes, y el pueblo se divierte y da expansión a su espíritu y solaz a su fatigado cuerpo. Pasados los regocijos populares, quedará sólo en pie como recuerdo de este fausto día el Museo, establecimiento que pertenece a la Nación y al pueblo que la constituye. A él corresponderá velar por su conservación y trabajar por mejorarlo y aumentarlo. De hoy en adelante estarán abiertas las puertas a sus poseedores.

Declarándome como Director del Museo, y sólo en esta circunstancia, vocero del pueblo colombiano, presento al señor Presidente de la República y a sus honorables Ministros las más rendidas gracias por el interés que han tomado en dotar al país de un establecimiento que lo honra, de un centro de estudio que espero despertará ambiciones y formará caracteres y hombres de provecho. Sus nombres quedarán para siempre unidos a la vida de este instituto y recordados por la posteridad junto con el de su primitivo fundador General Francisco de Paula Santander.

Señor Ministro de Instrucción Pública: alentado por vuestro entusiasmo y ayudado por vuestro apoyo inteligente y decidido, he llevado a cabo la empresa de revivir el Museo Nacional, cuyas llaves pongo a vuestra disposición como que sois su verdadero depositario.



## DISCURSO

DEL ACADÉMICO SEÑOR GENERAL C. CUERVO MÁRQUEZ, MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA, EN LA INAUGURACIÓN DEL MUSEO NACIONAL.

Señores:

Asistimos hoy a una fiesta de civilización y de cultura: al renacimiento del Museo Nacional. Los libertadores al fundarlo le imprimieron el sello de grandeza propio de sus actos y del medio brillante y extraordinario que ellos formaron y en el cual vivieron.

El General Santander, el organizador de la victoria, lo puso bajo la dirección de sabios ilustres de reputación universal: Boussingault, Ribero, Roullin, Gaudot, cuyos nombres son pronunciados con respeto en dondequiera que se rinde culto a los estudios científicos.

Sucre, el vencedor en Ayacucho, lo enriqueció con dones de valor inapreciable: el estandarte real de Castilla, con el cual Pizarro llevó a cabo la conquista del Imperio del Sol; los pendones castellanos correspondientes a la dominación de doce Monarcas españoles en el dilatado Imperio de los Incas, y banderas de regimientos y batallones que, antes invencibles tanto en las guerras europeas como en las campañas de América, fueron destrozados y vencidos cuando quisieron disputar el campo al heroico Ejército colombiano auxiliar del Perú.

Poco tiempo después el mismo héroe, desde la ciudad de La Paz, remite al Museo de Bogotá, junto con ricas muestras de minerales del Alto Perú y de Chile, el manto que usó la infeliz esposa de Atahualpa.

Grandiosa época aquella en que objetos de tan alto valor histórico, en los cuales están simbolizadas ahora las glorias de la República, aflúan desde las cumbres del argentado Potosí a dar realce y cartas de auténtica nobleza al afortunado instituto que acababa de fundarse en la capital de Colombia la grande y la gloriosa.

Pero luégo, cuando vino la época de la decadencia de la República, cuando sonó la hora negra de la disolución, cuando las revoluciones y la anarquía se apoderaron de la Nueva Granada, el Museo de Bogotá corrió la misma desgraciada suerte de la Nación, y a pesar de los esfuerzos del sabio Coronel Acosta y de los otros distinguidos ciudadanos que le sucedieron en la Dirección del instituto, el Museo, víctima en varias ocasiones de criminal rapacidad de extranjeros y nacionales, vino a menos cada día. Colocado en



un local estrecho, húmedo y sin luz suficiente, el ilustre instituto se convirtió en algo así como un depósito de objetos heterogéneos, hacinados en confusión y en desorden lamentables. Como no correspondía a los fines de su institución, el público le retiró el favor que antes le dispensaba; sus colecciones dejaron de ser estudiadas por los sabios que llegaban al país, y mucha gente llegó hasta ignorar su misma existencia.

Preciso era infundirle nueva vida al instituto, reorganizarlo y llamar hacia él nuevamente la atención nacional; y en esta labor, el pensamiento del Gobierno ha encontrado la más eficaz cooperación en el distinguido americanista don Ernesto Restrepo Tirado, a cuya ilustración y patriotismo confió en hora feliz su Dirección.

Pero para poder presentar el Museo Nacional de una manera digna de la capital de la República, era necesario, ante todo, dotarlo de un local adecuado. En otras ocasiones se habían hecho varias tentativas en este sentido, pero sin resultado alguno; y si ahora, como homenaje a los fundadores de la República, celebramos la reorganización del Museo en el nuevo local que se le ha destinado, ello se debe a la solicitud que ha tenido por el instituto el actual Jefe del Gobierno y a la eficacia de su digno Ministro de Obras Públicas.

El renacimiento del Museo Nacional es un hecho de la más alta significación: él simboliza para la República el principio de una era de prosperidad fundada a la sombra de la paz y de la justicia. ¡Que todos los colombianos de ahora en adelante contribuyamos con nuestro óbolo de patriotismo, a fin de que esta era sea la feliz continuación de aquella otra que, orlada con las fulguraciones de la victoria, supo crear y dar lustre a este noble instituto!

Ya no serán los héroes de la epopeya colombiana quienes lo enriquecen con trofeos de inapreciable valor histórico recogidos en su marcha triunfal al través de un Continente. Ahora serán los zapadores de la ciencia o de la industria quienes aumentarán sus colecciones con los ricos y variados productos de nuestra exuberante naturaleza: con muestrarios de los minerales y de las ricas gemas que en abundancia encierran en sus entrañas los Andes colombianos; con las maderas preciosas, las fibras, los bálsamos o las valiosas resinas de nuestros bosques; o con objetos pertenecientes a los primitivos pobladores de estos territorios, con los cuales podrá reconstituírse en parte la prehistoria de estos pueblos cuyo origen se pierde en la profunda oscuridad de los tiempos.

El Museo Nacional será el santuario en donde se conserven todos los objetos que recuerden una acción memora-

ble o un nombre brillante de nuestra historia; todos los que señalen un hecho importante para la ciencia o para el arte nacional en sus diversas manifestaciones; todos los que indiquen una fuente de riqueza para el comercio o para la industria. El Gobierno lo pone al amparo de la Nación para que sea la Nación misma quien se cuide de enriquecerlo con todo lo que creyere que sea digno de conservarse como ejemplo, como enseñanza o como estímulo para las generaciones del porvenir.



### ORACION

PRONUNCIADA EN LA CATEDRAL DE BOGOTÁ POR EL DOCTOR  
R. M. CARRASQUILLA, MIEMBRO HONORARIO DE LA ACADEMIA,  
AL INAUGURAR EL SEPULCRO DEL GENERAL ANTONIO NARIÑO

*Ædificavit Simon super sepulchrum patris sui.... adificium altum visu, lapide polito.*

Levantó Simón sobre la sepultura de su padre un monumento de piedras labradas que se descubriría desde lejos.

I. Macabeos, XIII, 27.

¡Qué misterio tan profundo es la sepultura de un grande hombre! Debajo de aquel mármol no hay sino huesos áridos, ennegrecidos por el tiempo. Y, sin embargo, dentro de ese cráneo vacío hirvió un cerebro en que cupo la libertad de un mundo; allí esplendió el fulgor del genio, que no discurre sino ve, que se adelanta al tiempo, que siempre tiene razón en lo futuro. En las desiertas concavidades de ese pecho latió un corazón grande como la libre América, sereno como las cumbres nevadas del Chimborazo y el Toluima, ardoroso como los volcanes andinos, fecundo como el sol de los trópicos. Ese brazo rígido e inerte blandió la espada vencedora; aquellos huesecillos movieron la pluma, digna de Tácito por grave, de Juvenal por cáustica, de César por sobria, de Cicerón por elocuente. Desde esas órbitas oscuras fulguró la mirada que subyugó las revueltas multitudes; de aquellas cenizas brotaba la palabra

Terrible como el rayo y luminosa

que llevó al sacrificio millares de hombres, que trocó a los vasallos en ciudadanos, a los tranquilos colonos en heroicos luchadores.

En aquel sepulcro tenéis los restos mortales de Nariño. Alabo a Dios, que haciéndome sacerdote y patriota, me deja entrever el misterio de esa tumba. ¡Cómo resplandece ante los ojos de mi alma la doctrina de Cristo! Allí está la materia, que no fue cárcel del espíritu, que no fue el hombre todo, sino elemento sustancial del varón superior que descubrió la nueva patria, como había descubierto Colón el Nuevo Mundo. ¿Creéis que la inteligencia poderosa, el corazón inmenso, la abnegación más que heroica del Precursor estén bajo aquel marmóreo monumento? ¿O aquellos dones hayan perecido, cuando nada en la naturaleza se extingue? ¿O que la elocuencia de Nariño es hoy la fragancia de una rosa, su abnegación la fecundidad de un grano, y su grandeza y constancia serán la mole incontrastable de una futura montaña? ¡Cuánto más fácil, más humano, pensar con la revelación divina, que el espíritu que animó ese puñado de polvo vive, piensa, ama en el seno del Creador!

Pero no basta. Completos no quedan el lumínico entendimiento, la voluntad señora, sin el cerebro, sin el corazón, sin la lengua, sin la mano. Paréceme que, aun sin mi fe de cristiano, me bastaría mi sentir de hombre para creer en la resurrección de la carne.

Por eso la Iglesia tributa respetuosos homenajes a los restos mortales de sus hijos. No honramos la podredumbre de la muerte, sino el cuerpo, compañero del espíritu y más tarde copartícipe suyo de la eternidad bienaventurada.

Cada hombre resucita el mismo que fue en vida. La recompensa se otorga por las obras buenas. Pero ¿la lumbré del genio, dádiva de Dios, se extingue a la vida futura? No lo sé, porque la teología nada me dice sobre ello. Mas yo aguardo ver en el cielo a Santo Tomás de Aquino, adornado, no sólo con las auréolas sobrenaturales de virgen y de doctor, sino con la natural del genio incomparable. Porque Dios no quita lo que dio, a menos que intervenga humana culpa, y porque la gracia no destruye la naturaleza, sino la perfecciona.

No a referir la vida y hazañas del héroe, familiares a este ilustre auditorio; no a reclamar admiración y gratitud a la memoria del padre de la Patria, porque ellas viven y palpitan en todo pecho colombiano, sino a pagar una deuda de la sangre, a corresponder a honrosa comisión de la Academia Nacional de la Historia, he venido a esta cátedra sagrada. Felizmente, para cumplir mi cometido bástame dejar que el corazón se desborde.

## I

«Después de Bolívar, Nariño.» Así escribí en la aurora, y repito al acercarse para mí la tarde de la vida. Nariño

después: por el resultado, no por el propósito; por la gloria, no por el esfuerzo. ¿Quién es primero, el inventor o el que lleva a cima el descubrimiento portentoso; el que traza el plano y asienta las bases de la fábrica, o el que cierra la cúpula que parece sostener el firmamento? ¿Cuáles más dignos de la gratitud de los sabios, Galvani y Volta o Edison y Marconi? No me importa saberlo, y repito con Ortiz, el poeta favorito de mi adolescencia:

¡A todo bién, tributo de alabanza!

¡A toda noble inspiración, un canto!

Hombre sin igual fue Nariño. Nacido y criado en una colonia de la Monarquía española, concibió primero que nadie el intento de una patria independiente y republicana; sin completar en aulas estudios literarios, es el primero de nuestros escritores, a par de Caldas y antes que Caro viniera al mundo; como orador político y forense, admite rival, no superior; no tuvo educación militar, y triunfó en cien combates; vio lo que estaba oculto a los ojos del Libertador: lo imposible del régimen unitario para la Gran Colombia; condenó de antemano por la razón lo que ha reprobado la experiencia: la federación en Nueva Granada; fundó la libertad en el orden, e hizo una voluntad sola de hombres de las más encontradas opiniones.

Es ley de Dios que lo universal de los conocimientos y aptitudes no se realice sino a costa de lo sólido y profundo. Caído de su prístina realeza por la culpa de Adán, semeja el hombre un monarca destronado, a quien por respeto a su origen, se otorga el señorío de una ciudad, cuando más de una Provincia. Nariño lo abarcó todo, y en todo fue sólido y grande. Despertó la conciencia de una raza, mudó los ideales de un pueblo, organizó la primera república que hubo en nuestra patria, fue el fundador del periodismo político, el renovador de la agricultura en estas cumbres andinas.

A las de reformador, de sabio, de hombre de Estado, unió las más singulares y egregias dotes de carácter. En él, la cristiana integridad de las costumbres privadas, el desapego de honras y caudales, iba en consorcio con la gentileza y blandura del porte, la refinada y sencilla cultura del gran señor, del perfecto caballero; y el trato suyo, familiar sin bajeza, y la conversación sabia sin parecerlo, graciosa sin vulgaridad, avasalladora sin violencia, lo hacía amo de las voluntades, rey de los corazones, dominador de cuantos lo rodeaban. *Beati humiles quoniam ipsi possidebunt terram.* Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

Nariño jamás se vio dominado por la ira; no supo lo que significa la palabra sorpresa; ignoró lo que llama te-

mor, y siempre fue dueño de su voluntad. Amó y odió, en el campo de las ideas, como aman y odian los titanes; tratándose de los hombres, supo siempre querer; aborrecer, jamás. No hubo nunca amigo más grato, adversario más benévolo. Nadie le sirvió sin recibir recompensa; todo el que lo afrentó estaba de antemano seguro del perdón.

Hicieron estas prendas que Nariño fuese amado, casi hasta la idolatría, de los suyos; respetado de sus enemigos, admirado de los extraños. Un soldado peninsular se atrevió a fusilar a Caldas; ninguno fue osado a sacrificar a Nariño; Francia oyó, en la persona de Tallien, al revolucionario granadino; Pitt entabló negociaciones con un proscrito, pobre, sin recomendaciones, sobre la independencia de la América Española.

Reciben los hombres superiores mayor participación que los simples mortales de los dones de Dios, y parecen participar también de la oscuridad y el misterio que velan a las inteligencias finitas la luz de la Verdad indeficiente. La vida del General Nariño es un arcano. Ingenuo por nacimiento, hijodalgo por educación y fortuna, abrazó la causa popular. Defendió y propagó en su mocedad doctrinas heterodoxas, y se hizo amar hasta el delirio por el clero, no sólo por los sacerdotes nacionales, sino por los españoles residentes en la Colonia. Arrancó este Reino a la Corona de Castilla, y los peninsulares residentes en Santafé organizaron el *Escuadrón de San Fernando* para defender a Nariño en la guerra con las Provincias; preconizó las más amplias libertades, y puso como lema en su partido *Orden y autoridad*; Bolívar, que le destruyó el centralismo en 1814, le dio su admiración y su confianza; los que compartían las ideas sobre autonomía de Nueva Granada lo persiguieron con indecible saña e impidieron que se le tributaran honras fúnebres después de su muerte.

## II

Los pájaros canoros trinan en las mañanas de verano, mirando las nubecillas, que, como algodón escarmenado, flotan en el azul celeste; pero si los vapores se condensan, y se oscurece el firmamento y rezonga el trueno, se esconden y recatan temerosos en el nido. Y las aves nocturnas, después de graznar y hacer presas en las tinieblas, se ocultan al rayar la luz del día. Así hay hombres revoltosos en épocas de paz, anonadados al estallar el primer tiro de fusil; predicadores de la libertad cuando la libertad impera; mudos o aduladores cuando reinan los déspotas.

Nariño había realizado la independencia en el momento en que España se hallaba en lucha abierta con el vence-

ador de Europa entera. Los descendientes de Pelayo humillaron a Napoleón en Bailén y Talavera, y caído el coloso, enviaron sus tropas a la reconquista de América. En la táctica española y en los planes de Dios, Venezuela fue el teatro de la guerra de emancipación; allí surgió Bolívar, el mayor amor de mi alma después de Dios y de su Iglesia, a par de mi patria y de mis padres.

El Libertador pidió auxilios a Nueva Granada, y se dirigió a Nariño, Presidente de Cundinamarca, y al Congreso Federal de Tunja. Hay adversarios que se acuerdan sacrificando los intereses a las ideas, y otros que se unen inmolando los principios a los intereses. Los primeros triunfan siempre; los segundos siempre sucumben. Nariño envió su contingente; Camilo Torres, Presidente del Congreso, mandó el suyo. El de Cundinamarca iba a órdenes del Capitán don José María Ortega y Nariño. Eran ambos cuerpos de tropa sólo quinientos hombres. Pero entre ellos iban ciento cincuenta jóvenes, colegiales de San Bartolomé y el Rosario, que bastaban y sobaban a la empresa. Todos sucumbieron en la lucha, con excepción de cinco: Ortega, Vélez, Maza, París y Barriga, condecorados con la cruz de Libertadores de Venezuela. Generales de Colombia la Grande.

Pero el que mueve a los demás y permanece tranquilo no es un hombre. En 1813 los realistas se habían apoderado del sur de Nueva Granada. Nariño marchó contra los adversarios; las Provincias, sacrificando resentimientos e intereses, le prestaron auxilio. Siguió con su Ejército, inferior al del enemigo; venció en Palacé, Calibío, el Juanambú—las Termópilas colombianas—y en Tacines, y se dirigió triunfador a la ciudad de Pasto, en el límite meridional de la República.

Allí sucumbió, no a la mayor pericia y valor de los contrarios, sino a la traición de algunos de los suyos, a la fortaleza de los granadinos meridionales adictos al Rey. El ánimo constante prefiere ser prisionero a fugitivo. Nariño se descubrió a sus triunfadores y fue conducido a la ciudad de Pasto, donde le encarcelaron en una casa de la plaza principal. El pueblo que acababa de vencerlo pedía amotinado la cabeza del prisionero. Apareció en uno de los balcones, abrazó el concurso inmenso con serena mirada y clamó con voz poderosa pero tranquila: «Aquí me tenéis, yo soy Nariño!» Y todos se retiraron en silencio.

### III

La corona del genio es el infortunio. Vino el dolor al mundo como consecuencia del pecado, y el Hijo de Dios, al

redimir al hombre, en lugar de suprimir el dolor, lo ennoblecíó; lo convirtió de mal físico en fuente de bien moral; de castigo, en medio de alcanzar felicidad interminable. Esta es fe del cristiano y sentir de todos los hombres, que no se conformarían con César muerto en el Palatino, con Bolívar Emperador de América, con Colón nadando en honores y riquezas. Dios muerto en una cruz hace más partícipes de sus dolores a los que otorga mayores rayos de su luz infinita.

Pero todos los grandes hombres, según el mundo, han gustado, antes que el cáliz de la amargura, los honores del triunfo. Nariño no se adornó en vida, ni un siglo después de muerto, con los laureles de la victoria. Cuando estaban resonando en Santafé las dianas en celebración de Boyacá, nuestro compatriota no oía más ruido que el de las cadenas que lo tenían aprisionado: en vez del gentío innumerable que vitoreaba al Libertador Bolívar, no tenía más compañero que una araña que había domesticado en la cárcel. Libre de prisiones, tornó a la patria que lo había elegido miembro del Senado; y en vez de entrar a la capital como precursor de la República, bajo arcos triunfales, entre el entusiasmo delirante del pueblo, se vio acusado de malversación de dineros coloniales en beneficio de la Independencia; de no haber vencido en Pasto; de haberse ausentado del territorio nacional, para agonizar en la carraca de Cádiz, sin licencia del Congreso.

Pronunció entonces aquella admirable defensa, la nota más alta de la elocuencia profana en nuestra Patria. Oídlo:

«Hoy me presento, señores, como reo ante el Senado de que he sido nombrado miembro, y acusado por el Congreso que yo mismo he instalado. Si los delitos de que se me acusa hubieran sido cometidos después de la instalación del Congreso, nada tendría de particular esta acusación: lo que tiene de admirable es ver a dos hombres que no habían quizá nacido cuando ya yo padecía por la Patria, haciéndome cargos de inhabilitación para ser Senador, después de haber mandado en la República, política y militarmente, en los primeros puestos, sin que a nadie le haya ocurrido hacerme tales objeciones. Pero lejos de sentir este paso atrevido, yo les doy las gracias por haberme proporcionado la ocasión de poder hablar en público sobre unos puntos que daban pábulo a mis enemigos para sus murmuraciones secretas; hoy se pondrá en claro, y deberé a estos mismos enemigos, no mi vindicación, de que jamás he creído tener necesidad, sino el poder hablar sin rubor de mis propias acciones. ¡Qué satisfacción es para mí, señores, verme hoy, como en otro tiempo Timoleón, acusado ante un Senado que él había creado, acusado por dos jóvenes, acusado por malversación.

después de los servicios que había hecho a la República; y el poderoso decir sus mismas palabras al principiar el juicio: «Oíd a mis acusadores—decía aquel grande hombre—oídlos, señores; advertid que todo ciudadano tiene derecho de acusarme, y que en no permitirlo daríais un golpe a esa misma libertad que me es tan glorioso haberos dado.»

Leída el acta de acusación, Nariño continuó:

«No comenzaré, señores, a satisfacer esos cargos implorando, como se hace comúnmente, vuestra clemencia y la pasión que naturalmente reclama todo hombre desgraciado. Nó, señores: me degradaría si, después de haber pasado toda mi vida trabajando para que se viera entre nosotros establecido el imperio de las leyes, viniera ahora al fin de mi carrera a solicitar que se violasen en mi favor. Justicia severa y recta es la que imploro en el momento en que se va a abrir a los ojos del mundo entero el primer Cuerpo de la Nación y el primer juicio que se presenta. Que la hacha de la ley descargue sobre mi cabeza, si he faltado alguna vez a los deberes de un hombre de bien, a lo que debo a esta patria querida, o a mis conciudadanos. Que la indignación pública venga tras la justicia a confundirme, si en el curso de toda mi vida se encontrase una acción que desdiga de la pureza de mi acreditado patriotismo. Tampoco vendrán en mi socorro documentos que se puedan conseguir con el dinero, el favor y la autoridad; los que os presentaré están escritos entre el cielo y la tierra, a la vista de toda la República, en el corazón de cuantos me han conocido, exceptuando sólo un cortísimo número de individuos del Congreso que no veían, porque les tenía cuenta no ver.»

Nariño fue absuelto por los votos de todos los Senadores, menos de dos que no habían oído la defensa.

Colombia, la de la independencia, fue grande, pero Bolívar y Nariño eran mayores que ella, y las naciones en ciertos momentos no toleran en su seno elementos que las superen. El Precursor de la Independencia, el fundador de la República, desengañado de los hombres, no de los ideales de libertad y patria, tuvo que retirarse a la solitaria Villa de Leiva, en busca de reposo al espíritu atribulado, no vencido.

Después de su muerte se prohibió que un eminente sacerdote pronunciase desde este mismo púlpito el elogio fúnebre del héroe; y un siglo después sus huesos insepultos no habían encontrado una humilde tumba en que reposar, y ni una estatua, ni un monumento testificaban la gratitud de la República. Loco habría sido Nariño si los móviles de su vida hubieran sido las glorias y los honores mundanos. Felizmente la razón de sus hechos fue el amor patrio, que



es precepto de ley natural, virtud cristiana, merecedora de eterna recompensa.

## IV

El acto más importante de la vida cristiana es la muerte, que es ocaso de la existencia presente y amanecer de la eterna. Saber morir es el esfuerzo supremo de la sabiduría. Arte es ésta que no se improvisa sino que requiere larga y esmerada preparación. Dios nos da, con tal fin, dos maestros sapientísimos, que son el tiempo y el dolor. En la juventud, lo pasado no existe, y lo por venir se nos presenta a través de un prisma que todo lo tiñe con los colores del arco iris. Prevalece la imaginación sobre la inteligencia, el corazón sobre la voluntad, las pasiones sobre la razón. Cuando llega a la edad viril, el hombre ya sabe las lecciones de la experiencia, adivina que lo futuro será semejante a lo pasado; los matices de la ilusión se han desvanecido, y el entendimiento impera sólo en las regiones del espíritu. El dolor madura la voluntad, como el sol los frutos de la tierra, y purifica el alma, como el fuego los metales preciosos.

Nariño, en su mocedad, defendió doctrinas opuestas a las enseñanzas de la fe; pagó tributo a las preocupaciones de su siglo, y esa fue una de las pocas debilidades de su vida. Los años, el estudio, los pesares, lo volvieron a la integridad de la fe de sus mayores, a las prácticas fervorosas y frecuentes de la piedad cristiana. La muerte no lo sorprendió: la estuvo aguardando con su serenidad acostumbrada. La víspera recibió, con humilde devoción, los últimos sacramentos de la Iglesia. El postrero día fue a despedirse de sus parientes y amigos, como él dijo, *para el país de las almas*. Por la tarde, sentóse en medio de los suyos, se hizo recitar los salmos penitenciales, y pronunció estas palabras supremas:

«Amé a mi Patria: cuánto fue ese amor, lo dirá algún día la Historia. No tengo qué dejar a mis hijos sino mi recuerdo; a mi Patria le dejo mis cenizas.»

Mostró en un reloj que tenía en la mano, que habían llegado las cinco. «Es tiempo,» dijo: hizo la señal de la cruz, y entregó a Dios el espíritu inmortal.

## V

A los hombres mediocres que brillan un instante es preciso tributarles pronto los póstumos honores, antes que se borren de la memoria de las gentes. Los varones inmortales pueden aguardar siglos la justicia de la Historia y la gratitud del género humano.

Casi cien años después de fallecido el General Nariño, la antigua Provincia de Pasto, elevada a Departamento de la República, tomó el nombre del héroe vencido allí mismo en 1814, y levantó la imagen de bronce del Precursor en la misma plaza donde él había exclamado: «¡Yo soy Nariño!» Bogotá erigió también estatua al más egregio de sus hijos; la Academia de la Historia ha investigado hasta el último detalle de aquella vida tormentosa, y se ha escrito la biografía por doctas y bien tajadas plumas. Está cumplido el vaticinio: la Historia ha dicho qué tanto amó Nariño a su Patria. Y la Patria ha aceptado el legado de las cenizas y las ha puesto en ese mausoleo, noble y severo como aquél a quien se dedica. Nuestra ciudad, que le arrulló la cuna, le guarda las reliquias con profunda veneración, con legítimo orgullo.

La Iglesia católica, generadora de toda grandeza, madre amantísima, que recibió a Nariño en su regazo a su venida al mundo, lo ennobleció con el carácter de cristiano, supo apreciarlo en vida, lo apoyó en sus labores por la libertad y la Patria, lo consoló en sus infortunios y le abrió las puertas de la dicha perdurable; ella ofreció asilo a las cenizas de su hijo egregio en otro lugar de esta Basílica, y luego le señaló puesto de honor en el sagrado recinto, y ha permitido que un ministro del altar glorifique a Nariño desde la cátedra de verdad y de justicia.

¡Compatriotas y hermanos! Cuando paséis delante de ese sepulcro, inclinaos ante los restos del más ilustre de nuestros conciudadanos. Y meditad, siquiera breves momentos, en la pequeñez del hombre. El que hoy estamos honrando fue de los mayores de América. Y sin embargo, nació de una débil mujer, no alcanzó a doce lustros de vida, estuvo saturado de oprobios y pesares, y hoy, como dijo el poeta:

Puede el espacio que en la tierra ocupa  
Con tres pasos de un niño ser medido.

Meditad también en la excelsitud de la Patria, que tiene derecho a exigirles a sus hijos tamaños sacrificios. Tenemos otra patria, que es la Iglesia: vio el principio de todas las naciones y está destinada a ver el fin de todas ellas.

Sobre las luchas y las mudanzas, sobre las grandezas y las ruindades terrenales está Dios, inmutable, eterno, infinito; Dios, que no muere, y cuya gloria permanece pura para siempre.

R. M. CARRASQUILLA

19 de julio de 1913.

## BIBLIOGRAFIA BOGOTANA

1777

## ROBLEDO FRANCISCO

5. Excelentísimo señor | Conforme a los preceptos de Vuestra Excelencia y sus finas y particulares ideas, paso a formar la Instrucción General, para el mejor | manejo y arreglo de las Administraciones de aguardientes, etc. etc.

El señor Medina halló este impreso en el Archivo de Indias y da de él los siguientes datos:

«Fol. 48 pp. muy mal impresas. Suscrita en Santafé a 25 de noviembre de 1776, por don Francisco Robledo, Asesor General del Virreinato, y a continuación el decreto aprobatorio del Virrey Flórez, del mismo día.»

Hemos encontrado nosotros también un ejemplar aquí en la Biblioteca Nacional (1).

Vuelve a aparecer la imprenta en este año de 1777 en Santafé. El Virrey Flórez llegó a la capital en agosto de 1776; vio que aquí hacía falta tal establecimiento, y dispuso viniese un impresor que se hallaba en Cartagena, con algunos materiales. El Virrey se había detenido en aquella ciudad a su venida para Santafé, y probablemente entonces conoció a ese tipógrafo y aun vio los elementos que tenía, que aunque bien pobres y escasos, de algo podrían servir a esta ciudad.

Creemos que la llegada de ese impresor, con sus tipos, fue en 1777, y no en 1776, como se ha dicho. Podemos hasta deducir que fue en los primeros días de aquel año, del 4 al 15 de enero, por lo que dicen el Fiscal Moreno y el Virrey Flórez. Aquél, en nota, con la primera fecha nombrada, le dice al Virrey:

«El celo de Vuestra Excelencia ha dispuesto se traslade de Cartagena a esta capital un impresor que allí existe, con la poca letra que tiene.»

Y éste, con la segunda fecha, le dice al Ministro Gálvez:

«He hecho se traslade a esta ciudad un impresor que estaba en Cartagena, ejercitado en alguna letra. Esta, ade-

(1) Se halla en la *Nueva Biblioteca Pineda; Hacienda*, volumen 9, página 5.

más de estar muy gastada, es muy defectuosa, y con algún trabajo sólo podrá servir, por ahora, para papeles sueltos, y así no he conseguido el fin primario ni el que estoy en verificar, para el mejor gobierno de este Reino, fijando reglas para cada una de sus Provincias, tanto para la dirección de sus Ayuntamientos, como para el manejo y recaudación de las rentas de tabaco, aguardiente, alcabalas y demás que hasta aquí han estado sujetas a la práctica, estilo y a los abusos introducidos.»

Da a entender el uno que aún el impresor no había venido el día 4, y el otro que ya estaba aquí el día 15, y aun da detalles sobre los tipos. Para el transporte y demás gastos se levantó una suscripción voluntaria entre las autoridades de Santafé (1).

¿Quién era aquél impresor? pregunta el señor Medina en su *Historia de la imprenta en Cartagena*, y estudiando el punto deduce que era don Antonio Espinosa de los Monteros. Está en lo cierto el distinguido escritor chileno. Hemos hallado un libro impreso en Cartagena en 1776, y que no deja duda, si alguna quedare todavía, de que él era el impresor que vivía en Cartagena en ese año.

La obra de que tratamos se titula:

«*Relación | exacta del | sacrilego robo, y extracción | del Santísimo Sacramento ejecutado por | un mulato en la ciudad de Cartagena | de Indias. | Y dice al fin: Con licencia | del señor Gobernador y Comandante General | de esta Plaza de Cartagena | de Indias, y del señor Pro | visor, Vicario general, y Gov. del Obispado. | En la imprenta de don Antonio Espinosa de los | Monteros.*»

Y tiene antes de esto una nota que dice:

«*Luégo que al sacrilego reo, se le dé su castigo | pues la causa está ya substanciada, y se procede en ella | con la mayor celeridad, dará noticia en otra según | da parte, insertando la acusación fiscal y sentencia.*»

No tiene, como se ve, fecha esa publicación de Cartagena, pero en el relato se comprende que el acontecimiento tuvo lugar el 23 de abril de 1776. Fue pues hecha en ese año dicha impresión. Es a dos columnas, sin foliatura y tiene 18 páginas (2).

(1) En la obra *Memoria histórica sobre Mutis*, por el doctor González Suárez (Quito, 1888), se habló por primera vez de estas notas, que dan mucha luz para la historia de nuestra imprenta; y se insertaron algunos fragmentos así como la lista de donativos. En la obra del señor Medina están íntegramente ambas notas, que copió él del Archivo de Indias. Por yerro tipográfico, sin duda, se puso en la obra del doctor González febrero por enero, en la nota de Moreno, yerro que se repitió en la 2ª edición.

(2) En la obra del señor Corrales, *Anales y Efemérides*, está reproducida esa publicación. La tomó él del ejemplar que existe en la Biblioteca Nacional, y es ese el mismo que hemos consultado.

El escrito de Robledo editado en Santafé no tiene fecha de impresión, pero está suscrito el 25 de noviembre de 1776, como queda dicho arriba. No obstante que se le ha creído publicado en este año, lo ponemos nosotros en 1777, porque además de que pensamos que Espinosa no vino sino en este último año, según dejamos dicho, no era fácil que en un mes, en esos lentos días coloniales y con mala imprenta, se editara ese folleto de 48 páginas.

Existía ya aquí desde 1751 persona del apellido Espinosa de los Monteros, quizás de la misma familia. Así lo hemos visto en un antiguo documento. El Rey de España nombró Fiel de la Casa de Moneda de Santafé a don Juan Espinosa de los Monteros, el 30 de noviembre del año expresado. Allí dice que lo nombra «en atención a que muchos de su familia han servido en la Casa de Moneda de Sevilla en distintos empleos, y actualmente está sirviendo el mismo las ausencias y enfermedades del Fiel de la Casa de Madrid.» El día 13 de julio de 1753 prestó dicho señor, en Santafé, la fianza correspondiente, y tomó posesión al día siguiente ante los señores Miguel de Santisteban, Isidro de Cabrera y Manuel Benito de Castro, Superintendente, Contador y Tesorero de la expresada Casa. Hemos hallado estos documentos en un libro manuscrito sobre movimiento de empleados en la Casa de Moneda, que se halla en la Biblioteca Nacional, con el título *Labor de monedas, 1757* (1).

El señor Medina conjetura que esa imprenta que estaba en Cartagena pudo ser la misma que existió en Valencia de Venezuela, ciudad que entonces pertenecía al Virreinato de la Nueva Granada. Fácil es que esto fuese así, y nos parece también verosímil lo que él agrega: que fuese el impresor de Valencia el mismo don Antonio Espinosa de los Monteros, quien «no encontrando ocupación bastante en aquella ciudad pobre y algo apartada de la costa, se trasladase con su taller a un puerto, donde las necesidades del comercio, ya que no las producciones literarias, le proporcionasen trabajo suficiente para vivir ejercitando su arte» (2).

Entre los contribuyentes para traer la imprenta y el impresor aparece el señor Gutiérrez de Piñeres, quien

---

(1) Salón de obras americanas, xiv, 187.

(2) J. T. MEDINA. *La imprenta de Cartagena de las Indias*. Santiago de Chile, 1904. También habla el señor Medina del libro impreso en Valencia en 1764 y de impresos hechos en Cádiz por don Manuel Espinosa de los Monteros en su libro *Biblioteca Hispano-americana*. Recientemente se ha publicado en *El Universal* de Caracas (27 de octubre de 1912) el facsímil de ese primer libro impreso en Valencia, con un erudito artículo del señor M. S. Sánchez, en el cual cita las opiniones de Leclerc y de don Aristides Rojas sobre él.

llegó aquí a fines de 1777, lo cual pudiera hacer creer que no pudo llegar Espinosa sino en los últimos meses de ese año, pero fácil es que parte de la suscripción se hiciese cuando él ya se hallaba en Bogotá, para cancelar gastos causados o hacer los de instalación aquí (1).

No se dice en la aprobación del trabajo de Robledo que se imprimía, sino que se saquén copias, lo que indica que no había todavía imprenta en noviembre de 1776, mes en que fue escrito. Cuando ésta llegó se hizo la impresión de esa *Instrucción*, que anduvo sin duda antes manuscrita durante algún tiempo.

En la nota del Virrey manifiesta su deseo de imprimir las disposiciones sobre tabaco, aguardientes, alcabalas y otras. En esta imprenta alcanzóse a imprimir la presente obra sobre aguardientes y la de alcabalas, de que trataremos en el número siguiente. Años después, en la tercera imprenta, habrían de imprimirse otras disposiciones gubernamentales. Las anotaremos oportunamente.

Contiene este escrito de Robledo curiosos datos sobre las medidas de los líquidos. Dice que sólo en Cartagena se hallan arregladas, que las leyes municipales de España previenen el que se use la medida de Toledo. La cántara toledana tiene ocho azumbres, y aquí llaman botija a la medida que quieren equivalga a aquélla, la que forman de ocho frascos en lugar de azumbres.

Son 135 artículos, y se trata en ellos de las obligaciones de los administradores, del fiel interventor, del sacador, de los estanqueros, de los sueldos, del modo de sustanciarse las causas de comisos, imposición de sus correspondientes penas y su aplicación.

Entre los suscritores para traer la imprenta figura el mismo don Francisco Robledo, con su título de Asesor del Virreinato. Vino a ser él, según se ve, el primer beneficiado con tales tipos.

El Arzobispo Virrey, señor Caballero y Góngora, al hablar en su *Relación de Mando* de los trabajos de su antecesor, menciona estas *Instrucciones*. «La Real Hacienda

(1) Esto de usar la palabra *letras* en vez de *tipos*, en las notas antes citadas, nos han hecho formar una vaga conjetura. Ese nombre de *Casa de Letras* con que ha sido conocida una casa en Bogotá (esquina de la carrera 15 y de la calle 12), ¿vendrá de que allí fue esa segunda imprenta? En el *Diario Político* de 1810 dice también en una nota (número 3): «La poca letra de imprenta, la necesidad de desbaratar para volver a componer, etc. etc.» En el *Correo Curioso* de 1801 hay un aviso (número 3) que empieza: «Don Joseph León y González, vecino de esta ciudad, hace libros de coro, con todo primor y para esto rompe moldes o cisqueros de letras de todos tamaños.» Aunque éste último no parece referirse a trabajos de imprenta, lo citamos por lo que pueda ayudar a investigar el origen de aquel nombre.

— dice, —abandonada hasta sus días a las codiciosas manos de sus arrendadores, tomó mejor aspecto y notable incremento, dándole nueva planta, y sucesivamente puso en administración y formó instrucciones para la renta de tabacos, conforme estaba mandado por Su Majestad, practicando lo mismo con las de aguardiente y alcabalas.»

## ALCAVALAS

### 6. Instrucción | General de | Alcavalas.

Existe en la Biblioteca Nacional (Salón americano, xi, 205), 50 páginas.

Está firmado: «*Santa Fé: siete de Marzo de mil setecientos setenta y siete—ay dos Rúbricas—Iturrate.*»

Y luégo dice: «Concuerda con su original de donde se sacó, corrigió, y concertó está cierto y verdadero, y en virtud de lo mandado Yo el Doctor Don Nicolás (sic) Prieto Dávila, Escribano Mayor de Gobierno doy el presente en la ciudad de Santa Fé de Bogotá, Nuevo Reyno de Granada en Indias en trece de Marzo de mil setecientos setenta y cinco años.»

Parece haber sido escrita esta *Instrucción* por el mismo Robledo, Asesor del Virreinato, que escribió la de aguardientes, de que se trató en el número anterior.

Hay error, sin duda, en la última fecha: debe ser ésta 1777 y no 1775. No creemos que sea la de arriba la que está equivocada, pues fue en tiempos del Virrey Flórez cuando se hicieron estas *Instrucciones*, y él se encargó en el año de 1776.

No está mencionado este impreso en escrito alguno.

## ALMANAQUE

### 7. Almanaque. Santafé de Bogotá.

No se ha hallado este impreso aquí ni en el Extranjero. Que él existió, lo dice el siguiente párrafo del Virrey Flórez al Ministro Gálvez, de fecha 15 de mayo de 1778.

«El que ha producido de utilidad pública mi pensamiento, se está experimentando con sólo el hecho de haber ya conseguido que se haya firmado e impreso un *Almanaque*, con que no sólo en esta capital, sino en la mayor parte de los lugares de este Reino, puedan todos saber los días que son de fiesta, con obligación sola de misa, o de no poder trabajar, las vigiliass y abstinencias, los días en que viven y las demás noticias que son consiguiente y de que antes carecían, con falta de habilidad y aun de cumplimiento de

muchas obligaciones que exige la religión y la cristiana disciplina» (1).

La publicación fue hecha sin duda en 1777, y no en 1778, pues los almanaques se imprimen en el año anterior de aquel en que van a servir; por eso colocamos esta publicación en 1777. Y así haremos en casos análogos.

E. POSADA



### BIOGRAFIA DEL GENERAL AGUSTIN CODAZZI

ESCRITA EN ALEMÁN POR HERMAN ALBERT SHUMACHER, Y TRADUCIDA POR FRANCISCO MANRIQUE—AUMENTADA CON NOTAS, DOCUMENTOS Y CARTAS, POR CONSTANZA CODAZZI DE CONVERS  
1912

(Continuación).

Al regresar a Maracaibo sólo halló Codazzi la monótona vida en los fuertes que debían proteger la barra; de éstos eran los más importantes los de Payana y San Carlos, y el de Zapara en el lado opuesto. A principios del año de 1829 fue comisionado por el General Justo Briceño, sucesor de Carreño, para desarrollar un plan de jornadas militares en el gran Departamento del Zulia, que pudiera servir en caso de guerra. Tal Departamento comprendía en aquel tiempo la región ribereña con el río del mismo nombre, hasta los lejanos límites con Nueva Granada, y las nevadas crestas de las montañas de Mérida. La mensura de aquella inmensa región no era tarea fácil. Apenas se habían dado los primeros pasos con tal objeto, cuando fueron interrumpidos por las noticias de nuevas amenazas del poder español. Como resultado de tales noticias recibió Codazzi la orden de poner en estado de defensa la entrada del lago de Maracaibo; contando por casualidad con dinero, la orden se ejecutó en diez y ocho días, con especiales reparaciones en el fuerte de San Carlos; pero al no interrumpirse la paz, Codazzi pensó que los apresurados aprestos de guerra no completaban en manera alguna la obra que se le había confiado; entonces levantó el mapa del estrecho que une el golfo con las aguas dulces del lago, haciendo cuidadosa mensura de las riberas alrededor de éste, en la cual se interesaba cada vez más, a despecho de todas las dificultades y plagas de

(1) El primero que citó esta nota fue el doctor González Suárez. El insertó parte de las anteriores líneas, que fueron luego reproducidas por Ibáñez. El señor Medina termina íntegramente dicha nota, y cita este almanaque bajo el número 4.



agua y tierra, aun cuando tal trabajo lo llevó desde el nivel del lago hasta las nevadas alturas de las montañas, iniciándole en todos los secretos de la fauna y flora tropicales. En tan variada pero durísima tarea pasó meses y meses. La mensura de las riberas de la derecha del lago, lo mismo que las de la izquierda, fueron ejecutadas a bordo de la flechera; con unos pocos compañeros se internó por tierra, visitando así las regiones de Trujillo y Mérida en la parte montañosa hacia el Oriente, llegando también más tarde hasta San Carlos, en el Escalante y Perijá en La Goajira: dos puntos completamente olvidados de la mano de Dios tras las montañas. Durante estas labores tuvo lugar un cambio en la suerte de Colombia, que Codazzi no había llegado a imaginarse al emigrar de Italia. De regreso a Maracaibo, donde el partido de Bolívar había imperado siempre, después de su última mensura, halló todo en completo estado de desintegración; sólo se respiraba allí la hostilidad contra el poder de Bolívar, quien después de la infructuosa reunión de la Convención de Ocaña, y de haber frustrado una conspiración contra su vida, se había investido nuevamente con la dictadura para salvar lo que pudiese ser salvado.

El Departamento del Zulia era el que más sufría con la política de oposición, porque formaba para Bolívar la entrada más importante para la Nueva Granada; pero pertenecía, según las tradiciones históricas, a Venezuela, donde principiaba la caída final del Libertador venezolano. Las influencias del medio en que se hallaba convirtieron a Codazzi en un oponente cada día mayor de aquel hombre antes tan venerado; entonces comprendió la clase de impresiones que había recibido tanto en Cartagena como en Bogotá. Considerando minuciosamente los detalles, pesando los hechos reales y comparando lo prometido con lo llevado a cabo, olvidó su anterior respeto. Bolívar no tenía ya, evidentemente, el suficiente poder intelectual, y sólo se veía rodeado aún por aquellos individuos a quienes había engrandecido, especialmente amigos personales del tiempo de la guerra; sostenido por los agentes de un centralismo que en Maracaibo parecía ridículo a causa de la inmensa distancia de Bogotá.

Codazzi presenciaba estas fermentaciones en la vida pública, sin apasionamiento, pero con atención, puesto que su porvenir dependía del resultado de ellas. Informó a su amigo Ferrucci de las alzas y bajas de los nuevos cambios políticos. «El celo de un dictador fue siempre el heraldo de su caída.» Esta no se hizo esperar. Con la muerte de Bolívar sus gobiernos, tan magníficamente imaginados, se convirtieron en ruinas; cuando los Departamentos orientales, inclusive el del Zulia, quisieron formar una República

aparte, los del sur también se sublevaron: Ecuador, Guayaquil y Azuay formaron el Ecuador.

### III

#### MENSURA Y CARTA DE VENEZUELA

El primer Presidente de la República de Venezuela fue hijo gigantesco de las inmensas y pastadas llanuras del interior, al mismo tiempo que producto genuino de la más sangrienta guerra.

Unos cuarenta años antes de que el Gobierno de su madre patria le fuera confiado a José Antonio Páez, a falta de un hombre más capaz, éste había empezado la vida de las pampas en la monótona región de Araure, en las márgenes del río Curpa; luego, en las pequeñas aldeas de Guane y San Felipe había adquirido instrucción primaria; la mayor parte de sus limitados conocimientos fueron recibidos a caballo, primero en pelo y más tarde en los atavíos de un llanero; participando al principio en los más atrevidos ataques llevados a cabo por los patriotas, Jefe después de una Compañía debidamente organizada de lanceros, y finalmente, compañero de Bolívar como General colombiano; Páez había aprendido mucho en poco tiempo, y si bien es cierto que aún mostraba bastante su primitiva brusquedad, los años de campaña lo habían convertido en un héroe de gran prestigio, que al llegar los tiempos de calma se presentaba como un hombre de carácter completamente maduro; temido, pero también venerado; de buen corazón; inculto, obstinado, pero susceptible a los buenos consejos, había dominado sus debilidades, aprovechando con habilidad la influencia de consejeros educados y competentes colaboradores. Quien como él se veía obligado a obtener nuevos conocimientos para cada problema que se presentara, tenía que ser de inmensa utilidad para una República nueva, enteramente sin experiencia, con muy poco poder.

Ya el 6 de mayo de 1830 se había reunido en Valencia una Convención para el establecimiento del Gobierno, formada por los representantes de las Provincias de Barcelona, Barinas, Cumaná, Caracas, Guayana, Maracaibo y Mérida. En tan importante ocasión Codazzi se trasladó a la capital de Venezuela; allí entregó al Gobierno sus tres famosos mapas, junto con los itinerarios militares, alturas de montañas y colocación de diferentes lugares, agregando un buen resumen escrito en mal español. Su gran mapa de Maracaibo iba acompañado de una predicción, adornada con los vivos colores de la imaginación italiana, que impresionó a muchos.

«Parece que la Providencia se hubiese propuesto unir, por medio de esta gran sabana de agua, las costas del Océano con el pie de las altas cordilleras de Trujillo y Mérida; la fertilidad de los terrenos ribereños es maravillosa, así como su extensión y el número de caudalosos ríos que los bañan. De la costa a las montañas que se elevan alrededor, hállanse climas apropiados para todas las producciones de Europa y América; desde el calor abrasador hasta las tempestades en las mesetas de los estribos montañosos, y el frío glacial de las alturas de nieves perpetuas. En tiempos por venir, cuando estas regiones se hallen habitadas y desarrolladas, las florestas de Trujillo y Mérida, que se extienden hasta orillas del mar, podrán por sí solas producir cosechas cuatro veces mayores que los productos actuales de toda la parte cultivada de la República. Las riquezas del interior podrán transportarse por los ríos Motatán, Escalante Sucio, Zulia y Catatumbo hacia el lago que, surcado por navíos de todas las naciones, verá en sus puertos la permutación de las riquezas europeas por los productos de la región y el oro de la Nueva Granada. Los frutos de los valles remotos en el interior de las montañas, serán cambiados y consumidos aquí por una inmensa población que habrá buscado en las comarcas más altas un clima suave de eterna primavera. Ricas ciudades proporcionarán a sus habitantes todas las comodidades de la vida y los deleites de la sociedad; las distancias a las costas serán acortadas por vías militares que descenderán de Mucuchíes, de Motatán y de Trujillo, hacia el lago; de las bocas del Zulia y La Grita subirá el comercio hasta los valles de Cúcuta y San Cristóbal, y en el Uribante hasta el puerto del Teteo.»

Tal fue el atractivo canto de Codazzi para con un hijo sencillo de la naturaleza como lo era Páez, en quien produjo la mayor impresión. La importancia militar de los mapas así como la habilidad del agrimensor, estaban fuera de duda, y Codazzi recibió el justo aprecio por su obra. Páez concibió la idea de una mensura general de todo el país, y presentó ante el primer Congreso regular aquellas tres muestras de trabajo, con la propuesta de que en seguida se resolviese el levantamiento del mapa completo de Venezuela.

Codazzi fue nombrado Jefe del Estado Mayor General de Venezuela el 29 de septiembre de 1830, cuando ya había hecho la mensura de la cuarta Provincia del Norte, la de Coro, donde el trabajo era comparativamente fácil. Poco tiempo después fue dibujando el mapa de toda la gran región hidrográfica del golfo de Venezuela, hasta entonces casi completamente desconocida. Una vez ejecutado este importantísimo trabajo, teórico y práctico, que comprende

cuatro Provincias, aún quedaban nueve, entre las cuales figuraba la isla de Margarita, en la que quedaba muy poco que hacer, dada la excelencia del mapa del golfo que había sido ya ejecutado; por otra parte, la extensa región de La Guayana, penetrable en muy pocos puntos, desafiaba con su salvajez toda exploración sistemática, todo trabajo topográfico.

El 14 de octubre de 1830 dictó el Congreso la ley que autorizaba al Gobierno para confiar a un Oficial especial el levantamiento de mapas provinciales que contuviesen informes geográficos, físicos y estadísticos. Al mismo tiempo declaró el Congreso que «la construcción de mapas, los itinerarios de las vías militares y la colección de datos estadísticos eran obras de la mayor importancia para Venezuela, cuyos beneficios se mostrarían facilitando las operaciones militares, aclarando los linderos provinciales, mejorando la división de los impuestos, precisando los productos obtenidos por los cultivos de la tierra, la apertura y construcción de caminos, el drenaje de lagos y pantanos y la navegación de los ríos.» El Oficial escogido para semejante obra fue Codazzi, el cual abandonó inmediatamente a Coro para presentarse ante el Presidente, quien le dijo que durante los tres años en que debían ejecutarse esos trabajos, recibiría doble sueldo; pero que haría sus gastos, y solamente se le concederían cien pesos para compra de instrumentos. Tales condiciones no eran ciertamente favorables para Codazzi; pero el pensar que se hallaba siguiendo los pasos de Humboldt, le hizo olvidar toda otra consideración, tanto más cuanto que los mapas de éste contenían los datos más importantes, especialmente respecto a los ríos Apure, Atabapo, Casiquiare, Caura, Guaviare, Meta, Negro, y aun del mismo Orinoco, con excepción de lo referente al delta de éste, y a la región bañada por los ríos que desembocan en el lago de Maracaibo. La tarea de Codazzi requería tiempo y resistencia; pero también ofrecía mucha perspectiva para estudios de gran interés técnico, siempre que el país y sus moradores le fueren favorables, lo cual era de esperarse, aun cuando los signos del tiempo no eran prometedores. La muerte de Bolívar el 17 de diciembre de 1830 era ciertamente acontecimiento que parecía asegurar la paz; pero al mismo tiempo el Congreso venezolano, que no manejaba prácticamente los asuntos políticos, dictaba resoluciones que estorbaban el trabajo de Codazzi: éstas tendían a debilitar el poder militar, único peligro inmediato contra la auto-idad, y a separar definitivamente la Iglesia del Estado, organización tan influyente en un país exclusivamente católico, lo cual ocasionaba mucha desavenencia y animosidad, y finalmente, una limitación de la esclavitud, y por

consiguiente el mayor desmembramiento del estado social existente y de las condiciones financieras concernientes. Codazzi conocía perfectamente la vida pública suramericana para poder juzgar tales cambios, no desde el punto de vista de los principios, sino de sus resultados prácticos; en su opinión, se rompía de una manera rápida y peligrosa con las pocas tradiciones que aún quedaban del pasado después de la guerra de la Independencia; y tenía razón, pues pronto hubo de comunicarles a sus amigos de Lugo que no podía comenzar cómodamente la mensura del país, que con tanto gusto había emprendido, pues tenía que relacionarla con toda clase de campañas y deberes militares, puesto que como topógrafo del país tenía que prestar servicios de guerra, ya en una parte, ya en otra.

Luégo marchó Codazzi contra Julián Infante, uno de aquellos inquietos Jefes de guerrillas que se habían alzado en armas bajo el pretexto de restaurar la gran Colombia; hijos de los rudos tiempos de la guerra, a quienes el patriotismo solamente les servía de manto para oprimir la masa del pueblo; aquellos libertadores que despreciaban toda forma de libertad, moraban en las inmensas pampas de la región del Orinoco, sobre las márgenes y llanuras del Apure y el Arauca, que les habían sido arrebatadas a los ricos españoles; vivían en constante tráfico con los adustos y fuertes ganaderos, a quienes la vida de ciudadanos era completamente desconocida. Infante se había pronunciado en los llanos de Apure, e inducido a Vicente Parejo, otro cabecilla inflexible de la última guerra, a que se le uniera. Aunque Páez mismo era un llanero legítimo, procedió con prontitud y energía contra tan perniciosos movimientos, atacando inmediatamente las fuerzas de Infante y Parejo, con Codazzi como Jefe de infantería. Siendo Páez poco versado en esta clase de maniobras de guerra, conociendo así por primera vez las extensas llanuras del interior, cuya constante melancolía ejerció honda influencia en la impresionable naturaleza del extranjero, la sublevación no terminó con una campaña; pronto tuvo Codazzi que dirigirse a la Provincia de Mérida para mantener la paz exterior, y organizar allí inmediatamente, y en varios puntos, la defensa contra la República hermana de la Nueva Granada, que constantemente reclamaba cierta superioridad, aun sin estar todavía formalmente organizada, y cuando se hallaba sufriendo desórdenes internos; mientras que el único hombre capaz de mantener allí el orden, el General Santander, se hallaba ausente. Hallándose entonces Codazzi ocupado en perfeccionar su mapa de Mérida, en previsión de acontecimientos militares en la frontera de la Nueva Granada, volvió a sus proyectos de fortificación de Maracaibo, por-

que desde este lugar podía dominarse una buena parte del país. El lado débil de esta posición era, en su opinión, el que daba sobre la tierra de los goajiros; motivo por el cual se aventuró a inspeccionar, a caballo, aquella salvaje región, en la que rara vez se había atrevido a internarse alguien solo. El tráfico en los mercados de Maracaibo era por lo general muy activo; las ferias de caballos tenían lugar semanalmente, y entre éstos se preferían los goajiros, aunque pequeños y ariscos, pero fuertes. Codazzi dio con una partida de tratantes beodos, fantásticamente vestidos y de apariencia salvaje; gracias a su acento italiano se libró de ser tomado por español, y pudo seguir con aquella horda hasta el interior de la región, explorando los lugares de Yarigú, Caramare, Pedraza y Montes de Oca; pero sin lograr su objeto militar, puesto que los disolutos nómadas no respondían a sus preguntas relativas a caminos o valles transitables.

Una tercera campaña le hizo dejar a Maracaibo el 11 de abril de 1831: esta vez uno de los más renombrados Generales del tiempo de Bolívar, José Tadeo Monagas, se había sublevado. Este poderoso caudillo había declarado ya en Aragua, el centro comercial de la Provincia de Barcelona, que puesto que ya Bolívar no existía, él se consideraba Presidente de Colombia. Las tropas destinadas a debelar la atrevida insurrección, después de inútiles pasos para una reconciliación, eran mandadas por el Ministro de Guerra, Santiago Mariño, a quien Codazzi acompañaba como Jefe de Estado Mayor; hallándose Monagas bien pronto acorralado, trató de ganarse a Codazzi, en especial, al proyecto de formar de la Provincia de Barcelona una República por sí sola, con Mariño como Gobernador y Codazzi como Vicegobernador, bajo el viejo nombre de Colombia. Este protestó enérgicamente contra la idea de un plan de tan alta traición; en éste revivía la idea de federación, tan odiada por el italiano. Después de muchas marchas y contramarchas, Monagas se entregó el 24 de junio en el valle de La Pascua, y en tal virtud fue declarado Codazzi, por resolución del Congreso, «Libertador de la Madre Patria.» Así terminaron los primeros desórdenes militares en que Codazzi tomó parte; a éstos sucedió la amnistía general en todas partes; el perdón obligado, la mayor debilidad de partido en la energía militar; una profunda desmoralización en las masas del pueblo apareció por dondequiera. Después de debelar algunos más de los disturbios menores, Codazzi se dedicó a la mensura sistemática del país, principiando el 2 de enero de 1832 en la ciudad de Caracas, que había sido declarada capital de la República desde el 30 de mayo de 1830; aquel lugar ofrecía pocas dificultades y menos interés.

Situada la ciudad en el lindo valle de San Francisco, y atravesada por el Caroata y el Catuche, no era malsana a pesar de ser cálida. Aunque apenas medio reedificada después del terremoto de 26 de marzo de 1812, y de acuerdo con aquellos tiempos de excesiva miseria, no era fea, bien que muchas casas de los suburbios se hallasen aún en ruinas; pero el lugar carecía de negocios; sus 23,000 habitantes carecían de recursos en lo general; solamente unos pocos cuyos antepasados habían pertenecido a la clase rica del país, se hallaban aún en buenas circunstancias; había además algunos comerciantes extranjeros que habían hecho fortuna durante la guerra a fuerza de energía e inteligencia, por lo cual eran envidiados. Codazzi pudo apreciar precisamente a estos extranjeros, cuando principió los preparativos para sus excursiones de mensura; poco a poco adquirió grande admiración por aquella nación contra la cual había combatido bajo los estandartes de Francia: por la Alemania; fuera de tales círculos extranjeros, de Páez y de su íntimo e ilustrado amigo el doctor José María Vargas, solamente había en Caracas una persona que se interesase por la nueva tarea de Codazzi, Feliciano Montenegro de Colón, un español que había viajado mucho y que había establecido en los ruinosos claustros de San Francisco una escuela de primeras letras, habiendo también reunido con buen resultado una Biblioteca Nacional, única en la ciudad, y que fue de alguna utilidad para los trabajos de Codazzi. Montenegro coleccionaba toda clase de datos regionales, informes oficiales del tiempo de los españoles, tan a menudo mencionados por Humboldt; cuadros estadísticos y otros documentos. El facilitó a Codazzi la única obra histórica especialmente relativa a Venezuela, un libro publicado en Madrid en 1723 por José de Oviedo y Baños, obra que contenía también muchos detalles geográficos de poca importancia, tales como los relativos a municipalidades. Hasta la capitulación de Maracai-bo este nuevo amigo de Codazzi había permanecido fiel a sus colores nacionales; luego abandonó a Venezuela cuando ésta se sublevó contra España; fue a las Antillas, a Europa, y desilusionado, de allí a Méjico, donde se unió a una expedición organizada para libertar a Cuba. Regresó a Venezuela como republicano, y trabajaba no solamente por aquellas poco prósperas instituciones, sino también en una grande obra geográfica y en una *Historia de la Revolución de Venezuela*, dos libros de la mayor importancia para Codazzi, especialmente porque debían publicarse en Caracas; no podía desear mejor ayuda, y Montenegro, muy perseguido a causa de su anterior simpatía por la Madre Patria, se sentía muy feliz por las prontas y amigables relaciones con un hombre que, como extranjero, no se había infectado de la

vanidad nacional de los nacientes republicanos; así pues, una franca y buena amistad se estableció entre los dos.

Desde Caracas viajó Codazzi, en el curso de 1832, por toda la Provincia del mismo nombre, exceptuando los Llanos; sentíase especialmente impresionado en la notable apariencia de las inexploradas y densamente arboladas montañas de la costa venezolana; en La Guaira, el antiguo y mercantil puerto del país favorablemente situado cerca de las montañas, y en numerosos lugares marinos que prometían progreso a la nueva navegación libre; también le gustaba permanecer en La Victoria, importante población del interior, antiguo asiento de misiones en medio de la fértil llanura de Aragua, que suministraba trigo, cacao, café y azúcar; conjunto de la gran arteria comercial establecida en tiempos de los indios, y que conducía hacia las estepas del interior. En estos viajes se familiarizó Codazzi con las peculiaridades del melancólico lado oriental de Venezuela, signos característicos de un país que a él le parecía extraordinariamente favorable para el futuro desarrollo de la agricultura.

Los trabajos de mensura adelantaban rápidamente. La Provincia de Caracas se hallaba, según los mapas anteriores, separada de los lugares llamados Coro, Maracaibo y Trujillo, por alturas muy escalonadas que descienden hasta internarse en las llanuras que forman las Provincias de Coro y Barquisimeto. Para conectar lo más pronto posible sus nuevos trabajos con los ejecutados en Maracaibo, Codazzi principió en los albores de 1833 la mensura de estas dos Provincias, cambiando pronto, y con tal motivo, su residencia en Caracas, para habitar en la ciudad más interesante de todo el país, la ciudad de Valencia, donde, entre la escasa población, que apenas llegaría a 10,000 habitantes, las clases educadas, especialmente los extranjeros, llevaban una vida verdaderamente europea por lo general, aun con los esplendores de lujo; esta comercial ciudad, bajo un cielo despejado, tan sólo a seis leguas de la magnífica bahía de Puerto Cabello, contenía comerciantes inteligentes y hábiles obreros de varias nacionalidades. Poco tiempo antes había ofrecido, como capital de Venezuela, notables perspectivas; el traslado del Gobierno a Caracas había causado mucho cambio, pero a despecho de la guerra; familias ricas habían permanecido allí y ofrecían a Codazzi alentadoras relaciones y mejor sociedad que la que Caracas podía haberle suministrado. Tan pronto como la mensura de estas dos Provincias estuvo terminada, principió desde Valencia los trabajos de las de Barinas y Cumaná; en ésta llamó intensamente la atención de Codazzi la notable formación natural, descrita en los universalmente afamados informes de Humboldt; usando él también su gran inteligencia en el



conocimiento de los idiomas y su poético estilo, para aquella descripción. No lejos de Calipe, lugar conocido antes como asiento de los capuchinos aragoneses, rodeado por magnífica vegetación, veíase la Cueva del Guácharo, poblada por innumerables aves nocturnas, visitada por Codazzi el 2 de febrero de 1833, en compañía del Mayor José López y de dos de sus propios sirvientes. Alcanzó mayor profundidad que sus predecesores; quienes solamente habían bajado 476 metros. Codazzi fijó su esfuerzo en 794, y como Humboldt, tuvo que recorrer la última parte solo, porque el miedo se apoderó de sus compañeros.

De estas excursiones se retiraba Codazzi cuantas veces podía hacia Valencia, lo que ejerció en él importante influencia; a pesar de su carácter jovial, no estaba acostumbrado a vivir en sociedad, pues como vemos, su vida había pasado entre batallas y los trabajos de su profesión. Allí aprendió a sentir como un natural de su nueva patria, y como un completo venezolano se divertía en los sencillos círculos de los naturales. Páez le ayudaba cuanto podía con su poder y su influencia dondequiera que el prestigio presidencial podía llegar. El compartía sus actuales ansiedades y sus futuras esperanzas. Codazzi se casó en Valencia el 24 de abril de 1834 con Araceli Fernández de la Hoz, hija del noble español Lorenzo Fernández de la Hoz y Trueba, antiguo Gobernador de Cumaná; esta señorita cumanesa, de veintiséis años de edad, era tan distinguida por sus virtudes, como por su talento y belleza.

De acuerdo con el contrato, la mensura debía haberse terminado en 1833; mas en consideración a sus pasados servicios militares, se le concedió un año de prórroga. En agradecimiento, principió Codazzi, inmediatamente después de su matrimonio, una de las tareas más difíciles de llevar a cabo, cual fue la exploración de los deltas del Orinoco, posible solamente por medio de canoas y piraguas, y que le recordó con frecuencia su viaje de 1818; trató de demarcarlo lo mejor posible desde el mar, la confusión de variadas corrientes para dibujarlas; penetró en las bocas del ramal principal, viéndose sin embargo obligado a retroceder por ser sus embarcaciones incapaces de desafiar el enorme empuje de las aguas. De regreso se dedicó al trabajo con los materiales que había coleccionado; después del 17 de enero de 1835 se dirigió a Caracas para obtener una nueva prórroga de su contrato. Allí fue testigo, al día siguiente de su llegada, de un acontecimiento memorable, cuando en la hacienda *Viñeta*, cerca de la capital, el primer Presidente de Venezuela renunció su puesto. Su Jefe, Páez, deseaba retirarse para volver a la más sosegada vida privada imaginable, y se regocijaba de que un hombre tan competente como Var-

gas fuese su sucesor; un sabio del tipo antiguo, que había pasado los tiempos de lucha por la independencia, estudiando tranquilamente en el Exterior, por lo cual carecía de laureles guerreros que exhibir; un hombre de carácter completamente civil, más que indiferente a los héroes de años anteriores. Vargas aceptó el puesto contra su voluntad, especialmente porque la elección había fluctuado entre él y otros dos candidatos, representantes influyentes del militarismo. Páez, Codazzi, los habitantes de la ciudad y los ricos hacendados, estaban profundamente convencidos de la necesidad de una administración enteramente civil. La joven República les parecía suficientemente fuerte para prescindir de la fuerza armada; mas este inocente intento para convertir en realidad tan ideal condición estaba destinado a completo fracaso.

La vida privada de Codazzi era muy feliz, especialmente desde que su preciosa y excelente esposa le dio un hijo el 21 de marzo, a quien llamaron Agustín.

Por instancias de Vargas se dedicó enérgicamente a la compilación de los resultados de las mensuras que había ejecutado hasta entonces. Tal trabajo prometía presentar un mapa de todo el país en conjunto; obra interesantísima que le recompensaría ampliamente sus trabajos y penalidades. Entonces se tuvo la noticia de que había estallado una revolución militar en Caracas, de acuerdo con los descontentos en Maracaibo y Cumaná, y protegida por los directores del partido reformista el 8 de julio de 1835; las autoridades existentes habían sido destituidas; aun el Presidente había sido desterrado, colocando a la cabeza del Gobierno a un Jefe militar. El plan consistía en persuadir a Páez para que se pasara al partido revolucionario; pero antes de que esta diligencia fuese intentada, se presentó en *San Pablo*, la finca de Páez, a unas treinta y ocho leguas de Caracas, en la mañana del 11 de julio, una diputación de los oficiales leales, encabezada por el General León Febres Cordero, y Codazzi; iban con la diputación gran número de representantes de los ciudadanos, tales como Angel Quintero y Manuel Felipe Tobar, así como también miembros del Consejo de Estado, todos los cuales se oponían a los planes de la federación y a los demás proyectos, casi todos reaccionarios, de los reformistas. Contra tales insurgentes, decían estos hombres, Páez debía defender inmediatamente la Constitución. Consintió al momento. Sin pérdida de tiempo se dedicó a organizar un Ejército. El 14 de julio fue nombrado por el llamado Consejo de Estado, Comandante en Jefe del Ejército, y al día siguiente dio una proclama llamando a las armas; al principio fue pequeño el número de hombres que se presentaron; pero su guerrilla aumentó día por día; los horrores de una guerra civil se olvidaron en obsequio de

la competencia de Vargas y de la causa de la justicia. Codazzi se halló de nuevo como Jefe del Estado Mayor de Páez; conociendo ya perfectamente el país y sus moradas, sirvió con el mayor celo en la movilización de las tropas, alcanzando importantísimos resultados. Luégo recibió la orden de proteger a Caracas con unos centenares de hombres contra el peligro de ser sitiada por las fuerzas enemigas; en cumplimiento de tal orden ejecutó sobre la ciudad, foco del levantamiento, una atrevida y casi desesperada marcha de avance. El 23 de julio firmó el decreto de armisticio dictado por Páez con respecto a Valencia. Golpe sobre golpe, se llevó a cabo en un principio la derrota de aquellos enemigos que permanecían opuestos a la reconciliación; pero luégo pareció que la guerra se prolongaría. Codazzi fue nombrado Jefe de operaciones en Ríochico, cuyo principal objeto era impedir el desembarco de tropas y pertrechos; al mando del General José María Carreño, tomó activa participación en la batalla de Guaparo, que aseguró a Valencia; también rescató a Maracaibo y dirigió la toma de Puerto Cabello, que terminó con la entrega de la ciudad y del fuerte el 1º de marzo de 1836. Dirigióse inmediatamente después a los llanos de Apure, con el objeto de debelar la insurrección encabezada por Francisco Farfán. Así se sucedían sus empresas; pero tales campañas parecían llegar a su fin. Páez, al retirarse del mando el 21 de marzo, escribió a Codazzi desde Maracaibo una carta altamente apreciativa, y el 22 del mismo mes el Presidente Vargas nombró Coronel de Ingenieros a este hombre benemérito.

Se creía ya asegurada la paz; pero una nueva revolución estalló inmediatamente bajo la dirección de Farfán, seguido por todo el partido militar; viose obligado Páez a blandir la espada con doble energía, enviando contra los llaneros un hombre semejante a él, antes Jefe de su guardia de caballería: el General José Cornelio Muñoz, entonces Gobernador de la Provincia de Apure, a quien suministró soldados, caballos y municiones, dándole a Codazzi como principal consejero; así se halló éste cabalgando otra vez por las escuetas llanuras de Apure. Cerca de García tuvo lugar una batalla, y el 9 de julio de 1836 se entregó el enemigo, después de obtener completa garantía de indulto.

Cuando por fin se hallaba Codazzi listo para continuar su mensura, fue nuevamente interrumpido. Por orden de Vargas se vio obligado a emplear su energía en una esfera mucho más estrecha; pero habiendo sido decretada la demolición de todas las fortalezas, se le confió la ejecución del trabajo, que principió en Puerto Cabello y terminó en Maracaibo. Hablando de los preparativos para la defensa de Venezuela dice Codazzi:

«En 1835 nuestros fuertes abrigaban tropas que ofrecían resistencia al Gobierno de la República; sin embargo el pueblo triunfó. Todos los puntos fortificados se hallaban en manos del enemigo; el ejército y la marina estaban a su servicio; poseía recursos y fondos públicos, depósitos y armamento; al principio tuvo en sus manos todo el poder; pero finalmente fracasó.

«Ciertamente corrió sangre; pero contra el sentimiento público, contra la voluntad del pueblo, ninguna trinchera podía valer. Entonces Páez, oportunamente nombrado Comandante en Jefe, restableció el estado de las cosas, de acuerdo con la Constitución: él salvó el país de la anarquía, y demostró que el Gobierno no necesita de fortalezas para sostenerse en caso necesario.»

Así pues, puesto que ningún enemigo extranjero amenazaba ya, los puntos fortificados aparecían ser más peligrosos que útiles, especialmente la ciudadela de Puerto Cabello y el fuerte de Maracaibo, que habían sido reconstruidos pocos años antes por el mismo Codazzi; esta tarea también fue repentinamente interrumpida, porque el 29 de marzo de 1837 hizo Farfán una nueva insurrección. En esta vez se escogieron las más remotas llanuras del Orinoco para teatro de acción, y Muñoz se dirigió nuevamente contra los perturbadores de la paz, sin lograr más que el sostenimiento temporal de San Fernando de Apure. Entonces el Gobierno nombró Comandante en Jefe de la División de Apure al indispensable Páez, quien el 6 de abril hizo a Codazzi Jefe de su Estado Mayor. Lo más importante era defender hasta el último extremo aquel punto donde el enemigo, victorioso al principio, pudiera mantener sus posiciones permanentes. Tal empresa fue confiada a Codazzi, quien en sólo tres días, y con un puñado de hombres, cabalgó desde Valencia hasta el remoto San Fernando, hecho ecuestre que despertó la admiración hasta de los viejos llaneros. La famosa cabalgata llegó en momento oportuno, desmontándose a levantar trincheras. Durante quince días lograron sostener la miserable población contra el número superior de los asaltantes. Habiendo llegado Páez, el enemigo se vio obligado al combate el 26 de abril en las afueras del lugar, cerca de San Juan de Payara, donde se empeñó una lucha cuerpo a cuerpo, de lanza contra bayoneta, rejos de enlazar contra sables; tal, cual rara vez ocurrió aun en la guerra de la Independencia. Páez, el hijo de las llanuras, obtuvo la victoria, por su propia irresistible bravura. Aun después de viejo, Codazzi se complacía en admirar al llanero acudiendo como tempestad hacia la carnicería y descargando tremendos golpes. Farfán, quien sólo logró salvarse, gracias a la rapidez de su caballo, se apresuró hacia las fronteras de

Nueva Granada; su hermano y su tío quedaron en el campo de batalla con muchos de sus copartidarios. Esta desastrosísima insurrección fue destruída en una sola batalla sangrienta. Codazzi fue reconocido en el número de los *Leones de Payara*; pero los hombres así designados por la voz popular, especialmente Páez y Codazzi, no permitían tal expresión, porque una victoria sobre compatriotas siempre les parecía infortunada, aunque en este caso el enemigo había llegado hasta caracterizar su insurrección como lucha contra los blancos, para incitar el elemento salvaje de las llanuras contra los representantes individuales de la cultura y el progreso. Durante estos tres años de revueltas, Codazzi, lo mismo que Córdas anteriormente durante la guerra, continuó su obra científica con la mayor energía; en sus varias expediciones militares abarcó toda la Provincia de Apure y describió la belleza de sus llanuras; en tales excursiones llevaba siempre la traducción de las obras de Humboldt hecha por Eyrís, sobre investigaciones naturales, la cual comunicó a su naturaleza un toque de sentimiento alemán. Fue fortuna para Codazzi familiarizarse con Humboldt por medio de su obra favorita; aquella en la cual estampó con mayor pureza y hermosura las impresiones de sus viajes por América; la obra más grandiosa que se ha escrito sobre la vida tropical. Este siempre elocuente compañero de viaje le dio a Codazzi un intenso deseo de continuar en un sentido de mayor importancia científica el esbozo del país, para lo cual carecía aún del conocimiento de la gigantesca región interior del Orinoco. Por varios meses, y con escaso equipo, navegó Codazzi por el grandioso río, partiendo de Angostura el 3 de noviembre de 1837, ciudad que, en los últimos veinte años, y debido al establecimiento de extranjeros, principalmente alemanes, había adquirido gran desarrollo; escogió a Caicara como base de operaciones, lugar solitario en la desembocadura del Apure en el Orinoco, donde le interesaron especialmente las rocas cercanas, con jeroglíficos y pinturas de animales, de las que no pudo derivar ningún conocimiento; penetró en casi todos los grandes tributarios hasta donde se los permitieron sus provisiones, y en el Orinoco mismo navegó hasta el raudal de Guaharibos, donde el 20 de diciembre halló resistencia armada de parte de los salvajes a quienes no podía atraer, ni se creía capaz de someter; para futuros viajes hizo, a principios de 1838, al miserable caserío de San Fernando de Atabapo su punto de partida, lugar situado en la ribera derecha del Atabapo, tributario del Guaviare, cuya fundación se debía al falso rumor de la existencia de esmeraldas, y que se hallaba completamente arruinado desde la abolición de las misiones franciscanas. Todo el interés de los pocos

habitantes se concentraba en los huevos de terecay (1), los cueros de caimán y la carne de manatí (*hydrochocrus capibara*). Los proyectos y esfuerzos de Codazzi se habían entretreído ya de tal manera con los más difíciles asuntos de su patria adoptiva, que el problema de la civilización de los indios le parecía de tanta importancia como el de la geografía del Orinoco. Por esto escribió el 14 de marzo, durante su segunda permanencia en Caicara, un memorial relativo a los abusos de las autoridades venezolanas en la Provincia de Rionegro.

«Este cantón casi no pertenece a nuestra República, porque nuestras leyes no ejercen influencia alguna en él; aquí sólo imperan las arbitrarias órdenes de un Gobernador y de sus subordinados; los mandatos del Gobernador de la Provincia de Guayana, residente en Angostura, son recibidos y registrados; pero no son publicados ni puestos en práctica. La opresión que reina aquí no tiene igual en el más remoto rincón de la República. Los indios son realmente esclavos, sin hallarse seguros en sus campos ni en sus habitaciones. Repentinamente les llega una orden de que tienen que ir a San Fernando; viaje en que emplean de diez a quince días, y al llegar allí tienen que trabajar por insuficiente remuneración en provecho de monopolios; si desobedecen tan despótico mandato, se les reduce al servicio militar. Semejantes actos de tiranía son ejecutados por todas las autoridades. Aquellos que no quieren someterse, abandonan los reducidos caseríos para refugiarse en los desiertos; pero los que se someten voluntariamente a las autoridades, son engañados siempre por estas. En San Fernando existe tal monopolio en los negocios, que una persona que fuese allí sin recursos moriría de hambre. Allí no hay mercados, ni comercio, ni almacenes, ni hospederías; si los naturales llegan de tiempo en tiempo con provisiones, alguna autoridad confisca todo, bajo el pretexto de que son sus deudores, u otro semejante. Si llegan algunos indios de las montañas, estos infelices, completamente ignorantes, son arrastrados a la casa del Gobernador, donde reciben por sus artículos lo que a éste se le antoja; precios que de ninguna manera les compensan las numerosas dificultades del viaje, y que no alientan el comercio. Bajo otra clase de gobierno los salvajes de Sipapo, Inirida, Guaviare, Guaima, Ventuari, Cuncunama, Padamo y Macoaca, habrían establecido desde hace tiempo moradas fijas, y la navegación del Rionegro habría alcanzado también condiciones florecientes. Sería fácil reunir de dos a tres mil indios por lo menos, si se formase una colonia bajo la protección del Go-

(1) Especie de morrocoy, un poco más pequeño.

bierno; pero ahora se ve todo lo contrario por dondequiera si muere un individuo, el Gobernador reclama los hijos, porque la madre no es esposa legítima, o porque es incapaz de mantener la familia; si la madre muere, se reclaman los hijos porque el padre ha sido un beodo o un vagabundo; cuando mueren ambos, los huérfanos caen, a despecho de hermanos mayores o de otros parientes, en manos del Gobernador, quien dispone de ellos. Cerca de dos mil personas tienen que trabajar sin paga, sin descanso y sin fin, para unos quince egoístas.»

Así halló la esclavitud de los naturales un acusador público en Cadazzi, como la de los africanos la había hallado años atrás en Humboldt. La fuerza de tal queja muestra un carácter que, en toda participación en los nuevos sucesos políticos de Venezuela, se ha mantenido puro y libre de las influencias corruptoras de innúmeros políticos. Después de penosísimas exploraciones, la mensura de Codazzi había ya progresado tanto, que a fines de 1838 pudo empezarse en Valencia la publicación de los mapas de las trece Provincias; en el seno de su joven familia, resultaba este trabajo un gran placer. Codazzi ejecutaba sus grandes mapas con pincel y pluma con gran perfección; no contando con ayuda digna de mencionarse, exceptuando la del calígrafo Lino Aliaga. El agrimensor se convirtió en cartógrafo; el oficial ganó en ideas científicas ensanchando sus conocimientos. También aprovechó en la parte estadística de su tarea los resultados del último censo, cuya deficiencia no le era desconocida. Aunque escaso de fuentes de información, agregó a los mapas de cada Provincia cuadros estadísticos y otras notas, por el estilo de las que aparecieron en menor escala en los famosos atlas de Lesage, sólo que con poca atención a los acontecimientos históricos; pero con especial estudio en lo relativo a cuestiones prácticas. La sinopsis preparada entonces por Cadazzi para las columnas de sus grandes cuadros estadísticos, contenía en primer lugar, para cada cantón, la situación, altura y temperatura media del asiento del Gobierno, así como la distancia a la capital de la Provincia y al punto central de toda la República. Trataba luego de la división de agua y tierra, y la especificación de esta última entre llanuras y florestas, tierras bajas y montañas, labranzas y desiertos, llamando especialmente la atención hacia las superficies que no eran de particulares sino propiedades nacionales; también se refería a la población tomada en conjunto y por milla cuadrada, con datos definitivos en relación con el número de individuos en capacidad de tomar armas, así como el de los esclavos; por último, los productos de los cantones que parecían adaptados para la exportación. Cuando Codazzi suministró estos

cuadros claros, no solamente de los mapas de las trece Provincias, sino también de los ochenta y ocho cantones, Páez desempeñaba la Presidencia; por tal motivo fue a él a quien Codazzi entregó estos resultados de un inmenso trabajo.

«La tarea que me confió el Gobierno hace ocho años, está ya completa; cada Provincia de la República tiene su correspondiente mapa corográfico en grande escala; cada cual contiene un diseño claro de todos sus cantones, datos precisos sobre sus vías de agua, y multitud de importantes detalles geográficos, físicos y estadísticos.»

El Jefe de Ingenieros en Caracas, Juan Manuel Cajigal, personalidad semejante a la de Montenegro, y Profesor de matemáticas en la Universidad desde 1839, fue comisionado para el primer examen de la obra de Codazzi, y rindió una espléndida decisión. Así, en medio de incontables disturbios de la vida diaria, y en presencia de muchas dificultades financieras, se había realizado una obra de carácter nacional, cuya utilidad tenía que ser apreciada hasta por el más ignorante montañés. Una pintura inteligente mostraba las condiciones para la existencia humana creadas por la naturaleza; el dibujo explicaba las relaciones de un país en el cual, no solamente densas florestas y rocallosas montañas, sino también las llanuras con todas sus gigantescas torrenteras, impedían la mensura ordinaria. Cuando Codazzi pudo publicar su trabajo en forma abreviada y con anotaciones para el uso de las escuelas y de particulares, proporcionó a los habitantes de su patria adoptiva el conocimiento de su propia tierra; fue éste un momento importantísimo en el desarrollo de la existencia nacional; entonces ayudó materialmente a despertar un sentimiento de unidad en un reducido número de hombres distribuidos sobre un vasto territorio, y a levantar colonias lejanamente separadas, al sentimiento de intereses mutuos.

Los grandes mapas originales que pronto decoraron los muros de la oficina del Secretario del Interior, no podían de por sí ser de mayor utilidad, y Codazzi lamentaba la suerte de sus obras; pero el 18 de abril de 1839, y sin gestión alguna de su parte, fue autorizado por un decreto del Congreso para publicarlas, imprimiéndolas y grabándolas a su propio costo. Tal concesión debía considerarse, según lo manifestaba el decreto, como expresión de gratitud por su fiel consagración a una difícil tarea de carácter nacional. Más una revisión de los pliegos originales para una atlas o para un mapa mural; revisión tal, que aumentase su utilidad, así como la redacción de una descripción provechosa. Esto requería además de tiempo, muchas otras cosas. Ante todo, para el desempeño de tal tarea, de una manera científica, era indispensable un inteligente estudio de su litera-



tura, la cual hasta entonces apenas había leído Codazzi. Para tal objeto ofrecían especial ayuda las obras de Humboldt y Boussingault.

«Sin las obras de unos pocos sabios extranjeros conducidos hacia aquí en muy temprana época por su amor a la ciencia, Venezuela habría permanecido tan desconocida como las más remotas regiones de Oceanía o de Africa; como consecuencia de la proverbial pobreza mineral de Venezuela, no fue distraída hacia aquí la atención de España desde Méjico y Perú; entre nosotros no se hicieron investigaciones de ciencias naturales ni aun de geografía. Fuera de las famosas cartas marítimas publicadas por Fidalgo y Churruca, nuestro país no poseía nada de lo creado en estos ramos por el Gobierno de la Madre Patria, sin exceptuar el dominio de la geografía. Debemos nuestros mapas, así como la clasificación de nuestras más valiosas plantas, a las labores de Humboldt, sin olvidar a Bonpland, quien lo acompañó en su memorable viaje que hace época. Boussingault, como botánico y químico, nos enseñó la riqueza de productos naturales de nuestro país. Rodin, con profundo estudio y fiel descripción, ha enriquecido los catálogos europeos con numerosos representantes de nuestra fauna. De los exploradores del país solamente uno ha reunido su nombre al de éstos: José María Vargas.»

Codazzi consiguió dos atlas; primero el de Humboldt, el cual contenía, no solamente mapas de porciones separadas, por ejemplo, del camino de La Guaira a Caracas, o dibujos relativos a la confluencia de los ríos, interesantes por los datos referentes al Orinoco, lo mismo que viejos mapas de los ríos, sino también los drenajes de toda la región del Orinoco; mapas de este río, del Atabapo, el Casiquiare y el Ríonegro; del Apure, del Meta, del Caura y del Guaviare; por todo, ocho grandes mapas; en seguida dirigió Codazzi su atención hacia la capital de la antigua Colombia para obtener mapas de aquella fuente. José Ignacio de Márquez, primer sucesor de Santander en la Presidencia de la Nueva Granada, se hallaba en Bogotá a la cabeza del Gobierno conservador, el cual se hallaba perturbado por muchas insurrecciones. Tomás Cipriano de Mosquera, antiguo conocido de Codazzi, era Ministro de Guerra, y Pedro Alcántara Herrán, yerno de Mosquera, ocupaba la Secretaría del Interior. Este último mostraba mucho interés en la obra de Codazzi; pero sólo pudo suministrarle un mapa parcial de Roulin, y el atlas de la vieja Colombia, que había aparecido ya en París desde 1827 con el nombre de Restrepo, y que contenía además de un mapa general de Colombia, mapas de los doce antiguos Departamentos; esta obra no carecía de valor material aunque le faltaban bases científicas. El problema má-

difícil en la construcción del atlas de Codazzi, consistía en los límites políticos de Venezuela. Los diferentes países que aquende el Océano habían renunciado al dominio de España deseaban naturalmente definir sus fronteras relativas a cada uno, según existían éstas al terminar el tutelaje de la madre Patria. La fecha final de tal curaduría parecía fuera de duda para Venezuela y Nueva Granada, si nó para el Ecuador, porque 1810 fue la decisiva allá. Sin embargo la posesión del territorio no podía positivamente referirse a aquella fecha, pues apenas se había ejercido sobre reducidas zonas aisladas, y en las insignificantes fundaciones de la inmensa región, las líneas divisorias teóricamente aceptadas, se hallaban situadas en lugares completamente desconocidos o de difícil acceso, puesto que seguían corrientes de agua y montañas cuyos nombres eran ignorados de la mayoría de los habitantes. Estas dificultades materiales habrían podido vencerse por un hombre como Codazzi; pensando tranquilamente y en calidad de árbitro todas las circunstancias; mas desgraciadamente prevalecía en todas las nuevas Repúblicas hispanoamericanas de aquella época, y desde la terminación de la guerra de la Independencia, un infortunado sentimiento de celos; un orgulloso amor propio que se mostraba en cuestiones como las relativas al uso de las vías de agua en común, o las por largo tiempo olvidadas disputas de límites. Tal desacuerdo de Venezuela con una República hermana, solamente podía tener lugar en su costado occidental, y Codazzi concibió la esperanza de que un arreglo de fronteras ya concluído en Bogotá (diciembre 14 de 1833) entre Santos Michelena y Lino de Pombo, destruiría la diferencia de opiniones. Venezuela señaló la frontera del lado del Atlántico, principiando en el cabo de Chichibacoa a través de la península Goajira; luégo, sin consideración a detalles locales, a lo largo de cadenas de montañas y de los ríos más importantes hasta el punto en que el quinto paralelo al oriente de Bogotá cruza el río Arauca; finalmente, por una línea imaginaria hacia el Sur hasta las fuentes del Memachi, donde parecía principiar el territorio del Brasil. Codazzi tomó estos linderos para los mapas que debían representar el territorio venezolano en 1840; pero los de 1810, que teóricamente decidían la de la extensión de sus posesiones, los presentó de otra manera más de acuerdo con sus convicciones, aunque menos favorable para Venezuela. La cuestión de límites entre Inglaterra y el Brasil era aún más difícil, de manera que Codazzi siguió enteramente las opiniones de Humboldt, que él consideraba como concluyentes, porque se basaban en documentos de los archivos de Madrid, aunque tales archivos ofrecían apenas seguridad parcial. La parte estadística del trabajo ofrecía también

serias dificultades. Desde 1831 habíanle prometido un dato estadístico de la población, referente a las elecciones; hacia la clausura de las sesiones del Congreso de 1836 sólo se había presentado ante la Asamblea Legislativa el censo de nueve Provincias. Por fin, en diciembre de 1839 apareció un documento que mostraba que la población total de Venezuela llegaba a 887,168 almas, según los cálculos de 1834; ahora, para alcanzar mayor cifra, tuvo lugar la primera enumeración de alguna seriedad, de la cual hizo uso Codazzi; pero que dio solamente 945,348 habitantes.

Con tan inadecuados medios de información en un país inmenso, era imposible adelantar mucho. Recursos pecuniarios eran la segunda condición para poder utilizar las labores de Codazzi en bien del país; los fondos no se suministraban en abundancia, puesto que se había destinado para una obra técnica y no científica o literaria. Para obtener un trabajo acabado era necesario arbitrar nuevas rentas, y Páez era suficientemente ingenioso para discurrir el medio de ayudar a su fiel servidor. Codazzi fue nombrado primero Rector del departamento de matemáticas en la Escuela Militar de Caracas (que era semejante a la temporalmente fundada por Caldas), y luego profesor de táctica de artillería; después de esto fue nombrado Gerente de todos los arreglos y organizaciones militares de la Provincia de Caracas, de especial importancia para el Gobierno, concediéndole siempre apoyo. Todo esto no era sin embargo suficiente para atender a los gastos necesarios. Con tal motivo pidió Codazzi al Congreso, y éste decretó el 16 de marzo de 1840, una concesión de diez mil pesos para imprimir e ilustrar la *Geografía de Venezuela*; suma que debía serle entregada en diez y ocho meses, siempre que se obtuvieran las seguridades para su devolución en caso de no cumplir el contrato. Tal fianza fue prestada por Martín Tobar Ponte, uno de los hombres más estimados en Caracas, miembro de la familia del Conde Tobar; había sacrificado título y honores, desde el principio del movimiento de independencia, en obsequio de su patria; en la lucha contra España había perdido gran parte de sus riquezas, y muchos miembros de su familia habían perecido en los campos de batalla, o por otras causas. Los Tobares, que habían permanecido fieles a Páez, seguían siendo familia muy rica e influyente. La ayuda de Tobar aseguraba el buen resultado de la empresa de Codazzi. La publicación de su obra no podía hacerse en Venezuela; París era el único lugar adecuado, como lo probaban las obras de Humboldt. En tal virtud Codazzi y su esposa partieron para Europa el 11 de julio de 1840, dejando a sus tres hijos con la hermana de ésta. Otros compañeros lo siguieron en este viaje, siendo los principales Rafael María Baralt y Ramón Díaz.

«Parte de mi trabajo—dice el modesto Codazzi,—no podía ser ejecutado personalmente por mí, tal como los detalles relativos a la historia antigua y moderna de Venezuela; por esto solicité la ayuda de Baralt, quien a su vez obtuvo los servicios de su colega Díaz, pensando que el trabajo no podía ser ejecutado por él solo en el corto tiempo que yo podía concederle. Durante el largo viaje a Francia, Baralt decidió que el plan que él había seguido hasta entonces no era suficientemente extenso para obra tan importante y completa; así, me propuso una modificación que tenía dos grandes objeciones; primera, el aumento en el costo, que podía resultar tal, que yo no pudiera pagar el monto, y segunda, lo corto del tiempo concedido. La primera dificultad fue zanjada por mi fiador Tobar, asistido por Juan Bautista Dellacosta; la segunda fue destruída por el Congreso de Venezuela.»

En París, donde vivían con Codazzi y su esposa en la calle de Nelder, sus compañeros principiaron la elaboración de ocho volúmenes que contenían la *Historia de Venezuela*. Codazzi pensó ante todo en someter sus mapas originales al examen de personas competentes, antes de que sufriesen deterioro en los talleres; en tal intento obtuvo los mejores resultados, pues dondequiera recibió honores. Inmediatamente después de su llegada, Francisco Aragó presentó estos trabajos ante el universalmente afamado Instituto de Ciencias, el 28 de agosto. Luégo, el 4 de septiembre, Sabino Berthelot escribió lo siguiente a la Sociedad de Geografía, la cual había honrado a Codazzi el 21 de agosto con el título de miembro:

«El Coronel Codazzi, llegado recientemente de Puerto Cabello, ha sido comisionado por su Gobierno para hacer imprimir en Francia su gran mapa de Venezuela y su atlas arreglado de acuerdo con las Provincias; una obra que acompaña el atlas, dedicada especialmente para la instrucción pública, contendrá toda la historia política y la descripción geográfica y estadística de Venezuela; la primera parte ha sido confiada a dos venezolanos, a quienes el Gobierno ha suministrado documentos oficiales para tal objeto; además este volumen será adornado con gran número de ilustraciones originales que Carmelo Fernández, sobrino de Páez, ha dibujado con buen gusto y habilidad.»

Además de esto hizo Berthelot mención especial del mapa etnográfico que Codazzi había dibujado enteramente por relaciones de otros, sin conocimiento de su parte, y también de los cuadros de las zonas agrícolas, de llanura y florestas primitivas, entera creación de Codazzi. A fine de 1840 principió la verdadera publicación de los mapas, la

cual tuvo que reducirse mucho respecto a los proyectos primitivos, por haber resultado el costo superior a los recursos de Codazzi. Tan pronto como estuvieron listos los primeros ejemplares, Codazzi apeló a la Academia de Ciencias de París, obteniendo los mejores resultados de tal paso, pues el 15 de marzo de 1849 dio ese Cuerpo el siguiente informe relativo al curso observado en las mensuras:

«Tomando por base los puntos astronómicamente fijados por Fidalgo y Humboldt, el autor principió sus propias observaciones, marcando el tiempo por medio de dos excelentes cronómetros cuidadosamente manejados. Las posiciones por él suministradas son, por consiguiente, en su mayor parte absolutas, como necesariamente tenía que ser, puesto que en la América tropical las estepas, así como las florestas, limitan las observaciones de astronomía náutica. El número de latitudes y longitudes observadas es considerable; establece mil dos puntos notables; cincuenta y ocho de los cuales concuerdan con las investigaciones de Humboldt y Boussingault; aun las mayores diferencias que ocurren son insignificantes, mientras que en muchos casos el acuerdo es completo. Con excelentes barómetros *Fortin*, Codazzi midió mil cincuenta y cuatro alturas; sus resultados armonizan de una manera sorprendente con observaciones anteriores. Estos datos de altura dan idea clara del relieve del terreno; y sus estudios personales de los diferentes sistemas de montañas muestran inteligencia y talento. Codazzi ha seguido la climatología con claridad y perseverancia. A los meteorologistas les gustaría conocer los elementos de sus cuadros que se hallan manuscritos, de manera que su publicación depende enteramente de la voluntad del Gobierno de Venezuela.»

Boussingault hace la siguiente descripción de las labores de Codazzi:

«Los manuscritos que han sido examinados por la Comisión, contienen materiales geográficos y estadísticos para más de doce volúmenes; pero para adoptarlos a la instrucción general, su contenido tiene que condensarse mucho. Después del más cuidadoso estudio de los documentos agrarios, sometidos bajo el título de *Ensayos*, es unánime deseo de la Comisión que el autor, al regreso a Venezuela, les dé la forma de un tratado especial y detallado de agricultura tropical. Valencia, residencia de Codazzi, se halla en una región adecuada para todos los cultivos ecuatoriales, en la cual florecen ya grandes y prósperas plantaciones; tal libro escrito por semejante observador, sería recibido con gratitud por los innumerables campesinos que no limitan su atención a sus propios terrenos, y tienen la

convicción de que la agricultura en América podrá suministrar a la de Europa muchas cosas ventajosas y dignas de imitarse.»

Elías Beaumont, miembro de aquella Comisión, escribió a Codazzi palabras de aprecio el 16 de junio de 1841; Alejandro de Humboldt, quien ya lo había felicitado antes, le escribió el 20 de junio:

«No puedo permitir que regrese usted a esa bellísima tierra, que tiene para mí tan agradables recuerdos, sin asegurar a usted nuevamente mi alta y sincera estimación. Sus trabajos geográficos que abarcan tan enorme extensión, y al mismo tiempo contienen detalles topográficos tan preciosos; dando tantas medidas de alturas importantes para divisiones climatéricas, harán época en la historia de las ciencias. Me alegro haber vivido lo suficiente para ver completa esta vasta empresa, cuyos trabajos glorifican el nombre de Codazzi, y redundan en honor del Gobierno que tuvo la sabiduría suficiente para prestarle auxilio. Como miembro de la Academia Francesa de Ciencias, habría firmado gustoso el excelente informe si me hubiese hallado presente cuando se escribió en Francia; pero dos de mis más íntimos amigos lo redactaron en mérito de la ilustración de su mapa y de sus trabajos históricos y geográficos.»

Humboldt aprovechó la oportunidad para proponer a Codazzi otra tarea científica.

«Para un pequeño observatorio en Venezuela, provisto de los pocos instrumentos necesarios en nuestros días, para practicar observaciones astronómicas en cielos despejados, Cumaná merecía la preferencia sobre Valencia y Calabozo, y ciertamente aún sobre Coro. Antes de elegir el Cabo de Buena Esperanza, el mismo Herschel quería ir a Cumaná.»

En aquella época visitaba Humboldt con frecuencia la casa de Codazzi.

«Este, hombre de cerca de setenta años y de bondosa sonrisa (dice Díaz), que realza la idea del cosmos, no había olvidado ni los lugares, ni las personas, ni las familias de Caracas del tiempo en que él la conoció. Todas las ciudades y pueblos desde la cordillera del Avila le eran familiares, y hablaba de aquellos lugares como si los estuviera viendo. Muchas veces preguntó por sus antiguos amigos, pero habían muerto; apenas conocíamos algunos de los apellidos, Lecumberri, Marión, Urosa, Veroes, Urbina, Sojo, Aguado, Suarez Arginsonas; él tenía los más vivos recuerdos de los hermanos Ustáriz, especialmente de Francisco Javier; guardaba con cariño el recuerdo de Mr. Pozo, de Calabozo, como una persona que se educó a sí misma en el estudio de la física. Se interesaba muchísimo en la geografía de Venezuela, especialmente cuando se trataba del Orino-

co; le gustaba que le leyeran trozos de la historia del país, particularmente lo que se refería a Bolívar, siguiendo con interés los hechos afortunados y los reveses; la victoria y la sangrienta derrota; mostrando la mayor sorpresa de que un pueblo antes tan pacífico hubiera soportado una lucha tan larga; a él le había parecido en sus viajes que la milicia de Venezuela consistía en agrupaciones enteramente inofensivas; pero los valles de Aragua, las desiertas llanuras vecinas de La Victoria y Turmero, el Distrito de Cabrera, la bellísima región de Valencia, habían sido transformados en teatro de las más sangrientas guerras. Recordaba sus relaciones en Cumaná con la familia de la esposa de Codazzi, ponderando la belleza y cultura de la madre de ésta.»

Humboldt llamó la atención de Codazzi hacia una obra que había aparecido recientemente, y que trataba de varias importantísimas cuestiones relativas a la región del Orinoco. Roberto H. Schomburgk, el sabio alemán al servicio del Gobierno inglés, quien por cinco años había viajado por La Guayana, acababa de publicar en Inglaterra los resultados más importantes de sus investigaciones. El idioma del libro presentaba muchas dificultades para Codazzi; pero no le quedaba otro camino; tenía que utilizar pronto la obra inglesa, principalmente en lo tocante a la estructura del Distrito de Parima, y de las fuentes del Orinoco. Este inesperado estudio le proporcionó la satisfacción de ver que sus opiniones en la materia coincidían en todo con las del sabio extranjero, quien necesariamente debía estar mucho más versado en tales asuntos, puesto que había principiado sus investigaciones en la colonia inglesa. La obra de Codazzi necesitó muy pocas correcciones por causa de la de Schomburgk. *La Geografía de Venezuela* por Codazzi tomaba forma lentamente; consistía en tres partes: la primera contenía una descripción del país, y su edición marchó rápidamente, mostrando cuán versado era en la lengua española se había hecho aquel italiano; su contenido tuvo que ser ciertamente muy compendiado; en gran parte por causa de la *diletanti* verbosidad de Baralt y de Díaz; importantes pasajes enteros hubieron de omitirse para mantenerse dentro de los límites del costo de impresión; pero aún quedaron ricos materiales; el libro se dividió en dos partes: física y política. A la geografía física se le agregó un diseño general de los linderos de agua y tierra; de las islas y de las montañas, así como minuciosa descripción de las grandes hoyas de los ríos, especialmente la región del Orinoco; también datos característicos de las distintas zonas, particularmente de las regiones de las estepas, la parte más significativa de la obra, que mostró claramente la habilidad de Codazzi para representar las múltiples formas o apariencias de

un extenso país; señaló igualmente la influencia del clima y de los vientos sobre la vida orgánica en su estado natural. Incidentalmente agregó un esbozo sobre geografía botánica, que contenía sin embargo observaciones especiales sobre gran variedad de plantas cultivadas útiles para la alimentación y la medicina; así como sobre maderas de tinte y de construcción. El reino mineral ofrece poco de particular; en cambio la vida animal (sobre la cual Codazzi había adquirido sólidos conocimientos, contando además con la ayuda científica de Boulin y Berthelot), de la superficie o de los subterráneos, del aire o del agua, salvaje o doméstica, natural o importada, grande o pequeña, ofrece oportunidad para muchas importantes observaciones. Los resúmenes y otros datos estadísticos de esta primera parte general fueron preparados por el mismo Codazzi. La geografía política trata primero de la muy dudosa cuestión de límites; luego de la población, la cual, incluyendo los negros esclavos (49,782) y los indios libres (52,715) es registrada en 945,348 almas, hablando especialmente de los naturales, los cuales según la clasificación de Adriano Balbis, se dividen en diferentes familias, de acuerdo con su lenguaje; las familias de tamanacas caribes; las de yaruros y betoyes; la de los cavere-maipures; la de los lólvias, en la que se incluyen los extinguidos atures, conocidos solamente por las tumbas de Atauripe y Berepereme, y las demás tribus. Da en seguida Codazzi una descripción de las formas adoptadas después de la Independencia para la administración del Gobierno, los departamentos de finanzas, judicial, militar y de educación, y hace también para esto uso de los documentos oficiales; por último sigue un resumen o revista del comercio y las manufacturas, con un ensayo sobre la riqueza nacional. A esta parte general de la obra se agrega la descripción de las trece Provincias, la cual, principiando por Caracas, y terminando por Guayana, trata de cada cantón separadamente. Más difícil fue adelantar la construcción de los mapas que, en primer lugar, debían formar un atlas, y en segundo, hasta donde pudieran representar las Provincias, componer un gran mapa mural. Esta era la parte principal del trabajo; la compilación hecha gradualmente en 1841 consta de varias partes componentes; consiste la primera en un mapamundi provisto de toda clase de leyendas; otro mapa semejante, de toda la América, y uno de la Tierra Firme abajo del istmo, destinado para representar el desarrollo de los descubrimientos por mar y tierra, así como los antiguos poblados de indios.

(Continuará)